SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS
Y LÍRICAS

EL HOMBRE NEGRO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

MADRID

12

EL HOMBRE NEGRO

EL HOMBRE NEGRO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

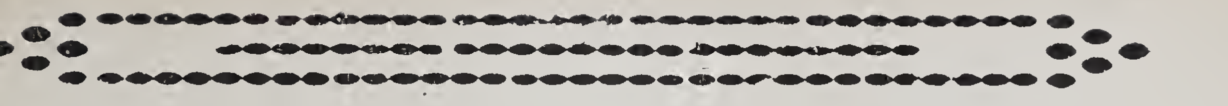
Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid la noche del 22 de abril de 1898.



TIPOGRAFÍA YAGÜES
CALLE DEL DOCTOR FOURQUET, 4
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
LEONARDO................	Sr.	Díaz de Mendoza.
ELENA......................	Sra.	Guerrero.
EZEQUIEL.................	Sr.	Donato Jiménez.
FABIAN....................		Cirera.
ALBERTO..................		Robles.
JACINTO...................		Martí
TRINIDAD....	Srta.	Cancio.
PAULINA..................	Sra.	Comendador.
CAMILA....................	Srta.	Soriano.



ACTO PRIMERO

Salón lujoso. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FABIAN y JACINTO

FABIAN Es la voz de Leonardo. ¿Qué le pasa? *(Acercándose al fondo.)*

JAC. No sé. Parece que está incomodado. *(Lo mismo.)*

FABIAN El pobre Leonardo no necesita mucho para exaltarse. Yo creo que concluirá por perder la cabeza.

JAC. Dicen que es un gran artista. ¡Un genio! ¡A mí me da risa!

FABIAN ¡Un genio... un genio! Cualquier artista estrambótico pasa hoy por un genio. En suma, ¿qué hace? ¿Qué maravillas hace ese hombre?

JAC. ¿Qué ha de hacer? Sacar de un pedazo de mármol figuras más o menos bonitas... ¡Da grima, don Fabián!

FABIAN *(Aproximándose de nuevo al fondo.)* ¡Otra vez riñe!... ¡Pero estos genios nada respetan!... Son los días de Elena, de su prometida... Gente en la sala, gente en el invernadero... Señoras, señoritas...

JAC. Y señores de respeto, como usted... señor don Fabián.

FABIAN Gracias, Jacinto. Pues nada, ese Leonardo grita como si estuviera en la plaza de toros... Es un artista imposible.

JAC. Acostumbrado al mármol y al cincel... cree que todos somos de piedra y que puede tratarnos a martillazos.

FABIAN Así es que don Ezequiel no puede tolerarle.

JAC. Sí, pero don Ezequiel es otro tipo original. Ese también me da risa.

FABIAN Parece persona de respeto.

JAC. Es un ser siniestro, misterioso. Yo le llamo el ¡Hombre negro!

FABIAN Pues el hombre negro, como usted dice, tiene gran influencia sobre Elena; y el que quiera ser bien recibido en esta casa no ha de ponerse mal con don Ezequiel.

JAC. Bien recibido es Leonardo; tan bien recibido, que va a ser amo y señor de la casa y de la dueña, y, sin embargo, odia profundamente a don Ezequiel. Yo me río mucho cuando disputan.

FABIAN Esa es una excepción. De todas maneras don Ezequiel fué el tutor de Elena cuando quedó huérfana. Y Elena le respeta como a su padre; y en él tiene una confianza ciega.

JAC. Que es un hombre honrado, un hombre serio, nadie lo duda.

FABIAN Y además un hombre profundamente religioso..

JAC. Nadie lo duda tampoco.

FABIAN El ha manejado con una integridad a prueba la inmensa fortuna de Elena; ¡más de cien millones de reales!...

JAC. ¡Ay!... ¡gran fortuna!... De príncipe o princesa.

FABIAN Ahora no ríe usted, amigo Jacinto. *(Sonriendo.)*

JAC. No, señor. Ahora suspiro.

FABIAN ¡Ya! *(Sonriendo.)* Pues don Ezequiel ha administrado los bienes y caudales de Elenita, con tanto interés como si fueran suyos propios; es decir del propio don Ezequiel.

JAC. ¡Vea usted! Otra vez me toca reir. *(Ríe con malicia.)*

FABIAN ¿Pero no oye usted? *(Acercándose al fondo.)*

ESCENA II

DICHOS. LEONARDO por el fondo, muy excitado.

LEONAR. ¡Nada... hay que entrar por aquí... no queda otro remedio!

JAC. Pero ¿qué te pasa? ¿Hay crisis? ¿Se acabó de hundir el Partenón? ¿Reñiste con Elena?

FABIAN ¿Por qué eran esos gritos?

LEONAR. ¿Qué me pasa? ¡Que todo el mundo se conjura para darme un disgusto! Es decir para matarme una ilusión. Que es el mayor disgusto que le pueden dar a un hombre como yo.

JAC. ¿Algo grave?

LEONAR. ¡Ya lo creo! ¿No son hoy los días de Elena?

FABIAN Lo son.

LEONAR. Pues yo... en secreto, muy en secreto, la preparaba una sorpresa. ¡Qué sorpresa!

JAC. ¿Un regalo?

LEONAR. ¡Regalo!... ¡regalo!... ¡Qué prosaico eres, Jacinto. ¡Oid!... *(Con misterio.)* En un trozo de mármol purísimo, sin una veta, sin una mancha, sin una sombra... ¡un mármol ideal!... ¡he reproducido el busto divino de mi Elena! Jamás sentí más inspiración; jamás mi cincel labró en la piedra líneas más seguras; jamás... jamás... estuve más cerca de la verdad y de la belleza!... ¡Es ella... es ella! la escultura... no será buena; pero el alma está allí.. ¡Nada... digan lo que quieran, aquel mármol tiene un alma! ¡Una vez en la vida lo conseguí!

FABIAN Dicen los inteligentes que tiene usted talento.

LEONAR. Yo no soy nada... yo nada hice... probablemente no pasaré de ser una medianía... ¡pero Elena está allí en el mármol. *(Con entusiasmo.)* Y el busto de Elena está allí... ¡en el corredor!... esperando que se abra una puerta ruín y traidora... ¡Y la puerta cerrada!... ¡Ah, maldita! *(En tono tragicómico.)*

FABIAN Pero, ¿cómo es eso?... No lo comprendo.

JAC. ¡Yo menos! ¡Pero me hace gracia! ¡Un busto divino en un corredor prosaico!... ¡Graciosísimo!

LEONAR. Sí, ríe, ríe como acostumbras, que hoy tienes motivo.

FABIAN ¿Quiere usted explicarse?

LEONAR. La cosa es bien sencilla. Elena nada sabe... claro está...

JAC. Por eso era sorpresa.

LEONAR. Naturalmente. Conque entre Luis y yo trajimos el busto sin prevenir a nadie, y llegamos con él a la puerta de las habitaciones de Elena. Mi plan se reducía a esto: entramos sin que nadie nos vea, coloco el mármol en el centro de su gabinete predilecto, cierro algo el balcón, corro a medias el cortinaje; la luz... bien estudiada, ni mucha ni poca; un rayo directo sobre la frente, el cabello y los ojos... el fondo oscuro...; en fin, lo tenía todo bien pensado. Y después... allí lo dejo... Elena entra... «¿Qué es esto?»— exclama.— «¡Ah, soy yo! Ha sido él...»— Y se le llenan los ojos de lágrimas... ¡Y yo soy feliz, soy grande, soy inmortal!... No soy Leonardo de Monforte, soy Leonardo Vinci... ¡Soy el Rafael, el Miguel Angel de la escultura... y, sobre todo, soy más dichoso que el escogido entre los escogidos, que se siente más cerca del trono de su Dios! *(Con exaltación creciente.)*

FABIAN ¿Adónde va usted a parar?

JAC. No va.. no... porque se queda en el corredor. *(Riendo.)*

LEONAR. Eso ...tú lo dijiste... con tu mala lengua y tu mala intención de costumbre; pero acertaste. ¡En el corredor! ¡Prosa, miseria, desengaño, escarnio!

JAC. Pues, amigo Leonardo, ya verás lo que pasa. Ahora sale Elena para despedir a alguna amiga, y tropieza en el pedazo de piedra.. y dice enojada: «¿Qué es eso?... ¿Para qué dejan trastos en el pasillo?»

LEONAR. ¡Justo! *(Muy en serio y muy apurado.)*

JAC. «¡Que quiten eso!... ¡Que lo tiren!...»

LEONAR. ¡Que lo tiren!

JAC. «¡Qué ocurrencia! ¡Dejar armatostes!...» Y seguirá con sus amigas... pasillo adelante... y el divino busto... por los suelos. Y la ilusión, la esperanza, el amor por los suelos estorbando el paso. *(Riendo.)*

FABIAN Esa es la vida, amigo Leonardo.

LEONAR. Esa es la vida. Pero yo no me resigno: yo lucho, yo venzo.

JAC. Esta vez date por vencido.

LEONAR. Tampoco. ¡La voluntad puede mucho!

JAC. Puede más don Ezequiel, que, por lo visto, ha cerrado todas las puertas de las habitaciones de Elena para que no las profanes.

LEONAR. Sí... él debe ser... tienes razón.

JAC. ¡El hombre negro!

LEONAR. Quisiera ser pintor y meter a don Ezequiel en un mortero... ¡y pulverizarlo!

FABIAN ¿Para qué?

LEONAR. Para tener pintura muy negra, que me sirviese de fondo oscuro en los cuadros de mucha sombra.

JAC. ¡Di que le tienes miedo!

FABIAN ¡Que le infunde a usted respeto!

LEONAR. ¿A mí?... Ahora lo veréis. *(Se acerca a una puerta lateral y golpea en ella.)*

JAC. No responde.

LEONAR. Como esté dentro, ya responderá. *(Vuelve a golpear la puerta.)*

ESCENA III

DICHOS. DON EZEQUIEL aparece en la puerta con traje negro: hay en él algo de sacerdotal; queda en pie en la puerta, cerrando el paso.

EZEQ. ¿Llamaba usted?

LEONAR. Sí, señor.

EZEQ. ¿Para qué?

LEONAR. Para entrar.

EZEQ. Son las habitaciones de Elena.

LEONAR. Por eso.

EZEQ. En ellas no se entra.

LEONAR. Dentro estaba usted.

EZEQ. Es mi derecho.

LEONAR. Y el mío.
EZEQ. Todavía no.
LEONAR. No discutamos.
EZEQ. No lo deseo. *(Va a cerrar la puerta.)*
LEONAR. Pero no cierre usted.
EZEQ. ¿Por qué?
LEONAR. Porque no lo consiento.
EZEQ. ¿Usted?
LEONAR. ¡Yo! *(Pausa. Se miran fijamente.)* ¡Don Ezequiel, acabemos! Quiero entrar.
EZEQ. ¿Para qué?
LEONAR. Fácil sería decirlo; pero no reconozco en usted el derecho de preguntarlo.
EZEQ. Pues lo tengo.
LEONAR. Pues quédese con él... ¡y apártese!... y en todo caso, entrando conmigo saldrá usted de dudas.
EZEQ. No soy curioso.
LEONAR. ¡No me obligue usted a entrar... como no quisiera! *(Avanzando sobre él con extraordinaria violencia, aunque contenida.)*
EZEQ. ¿A la fuerza?
LEONAR. *(Con frialdad.)* ¡Oh... eso no!... Pidiéndole a usted respetuosamente que me ceda el paso. *(De tal modo le mira y de tal modo avanza, que don Ezequiel se aparta.)*
EZEQ. *(Mirando como entra.)* Bien está.
JAC. La sombra cerrando el paso a la luz.
FABIAN La prudencia cerrando el paso a la locura.

ESCENA IV

EZEQUIEL, FABIAN, JACINTO

FABIAN Amigo don Ezequiel, no tiene Leonardo muy firme la cabeza.
EZEQ. Como todos.. o casi todos. *(Inclinándose.)*
JAC. El, más que nadie. Privilegios de artista.
EZEQ. Es más violento que la mayor parte. En el fondo, las mismas pasiones, la misma miseria, la misma ceguedad. ¿Qué remedio? Con el permiso de ustedes. *(Se retira lentamente por el fondo.)*

ESCENA V

FABIAN, JACINTO y después ALBERTO

JAC. Ahora irá a referir a Elena lo que ha ocurrido.

FABIAN Y Elena le dará la razón a Leonardo.

JAC. ¡Claro está!

ALB. *(Entrando de pronto.)* ¡Hola!... ¡Felices, don Fabián... Jacinto!... *(Les da la mano.)*

JAC. ¡Vienes agitado!

ALB. Debes decir agitadísimo. A poco más tengo un lance, o dos lances.

FABIAN ¿Con quién, o con quienes?

ALB. Con Pepe Alcaraz y con Julio Poveda. ¡Cómo han puesto a Leonardo!

FABIAN ¡Pues si son muy amigos de Leonardo!

ALB. Pues por eso se esmeran con él. «Que es un loco, que no tiene talento, que su boda con Elena es una especulación indigna, que es un aventurero...» ¡Qué sé yo! Estuve a punto de abofetearles.

JAC. Yo no sostendré todo eso, pero loco... que lo diga don Fabián... y que lo diga don Ezequiel... Y en cuanto a la boda... no será una especulación indigna, pero es una buena especulación.

ALB. ¡Tú también! Leonardo tiene muchísimo talento y un corazón hermosísimo. En cuanto a la especulación, has de saber que «por su casa» tiene más de cinco mil duros de renta, y como escultor gana de quince a veinte mil todos los años; de modo que no es un mendigo, ni un caballero de industria, ni un aventurero.

JAC. Está bien; pero de los veinticinco mil duros eventuales de Leonardo a seis millones seguros que cada año recoge Elenita... Hay margen para buena especulación.

FABIAN ¡Por Dios, señores... repugna esa manera de discurrir!

JAC. Quisiera yo conocer la opinión de don Ezequiel.

ALB. Don Ezequiel es enemigo nato de Leonardo. ¡Y don Ezequiel es un hipócrita!

FABIAN — Poco a poco. Usted defendía a Leonardo; yo defiendo a don Ezequiel. Es un hombre honrado, un hombre recto, un hombre severo, un hombre religioso, un hombre como ya no quedan dos. No ve a gusto la boda de Elena con Leonardo. El quiere que Elena viva espiritualmente, y Leonardo vive con los sentidos. Ella, un ángel cristiano; él, un artista del paganismo. Verla hermana de la Caridad y no modelo de un escultor: eso anhela don Ezequiel. ¡Salvar a Elena!

JAC. — Y de paso salvar sus millones. Don Fabián, usted ha de conseguir que el día menos pensado me muera de risa, de pura risa. En una carcajada voy a dar mi alma a Dios. ¿Con que don Ezequiel es un anacoreta, un misionero, un místico, un espíritu angélico? ¿Sabe usted lo que es don Ezequiel? Un hombre honrado, eso sí; pero mucho más necio que honrado. «Viste de negro», porque hay que discurrir menos que para vestirse de color. «Es feo», porque es mucho más fácil que ser guapo. «Habla poco», a causa de que no sabe qué decir. «Es religioso», siguiendo la costumbre de sus padres. No le gusta que «se case» Elena, por celos de animal doméstico. En suma, un ser insignificante, muy a propósito para rey de armas, ugier de estrado, o figura de tapiz.

ALB. — Eso sí que no. Es un hombre peligrosísimo. ¿Pero ustedes no lo han comprendido? Es un hombre de pasiones violentas y reconcentradas. Llegó a los cincuenta años, la edad peligrosa en naturalezas vigorosísimas como la suya. Es el paso por la zona tórrida: va al polo de hielo de la vejez; pero, ¡ay, mientras pase la línea ecuatorial! Sepan ustedes... *(Con misterio.)* sépanlo... con sus años, con su fealdad, con su aspecto severo... ¡Ama a Elena!... ¡sí!... ¡un amor insensato!...

FABIAN ¡Ave María Purísima! Está usted más trastornado que su amigo Leonardo.

JAC. ¡Chico!... ¡No tienes atadero!... ¡Los amores del hombre negro!... ¡Fin de siglo!...

ALB. ¡Sí... ríanse!

FABIAN ¡Oh, qué enamorado! Un enamorado que lleva constantemente a Elena a visitar pobres, enjugar lágrimas, a desafiar el contagio. ¡Sí, enamorado! ¡Así son los enamorados del cielo!

JAC. Es necedad, ya que no sea otra cosa peor, llevar, casi a diario, a una joven delicada, hermosa y sensible, por hospicios y hospitales exponiéndola a cualquier enfermedad mortal. *(A don Fabián.)*

FABIAN ¿Sería preferible que la llevase, como Leonardo, a oír dramas inmortales y música lasciva, o a visitar museos, cuya gala es el desnudo y que son escarnio del pudor?

JAC. ¡Y si un día se contagia la pobre Elena!

FABIAN Con ella va don Ezequiel y también él puede contagiarse.

JAC. ¡Mucho se perdería!

ALB. ¡Ah! ¡Que son ustedes ciegos! ¿No les dice a ustedes nada la conducta insensata y cruel de ese hombre? ¿No ven ustedes que explota como un infame y como un celoso la sensibilidad exquisita de esa niña angelical, para separarla de toda pasión mundana? Y si en una de esas empresas de caridad muriese Elena... ¡oh, mucho lo sentiría don Ezquiel!... ¡porque la quiere!... ¡pero yo creo adivinar, que ese hombre preferiría verla en la fosa a verla en el tálamo!

FABIAN No siga usted, Alberto.

ALB. ¿Para qué? Dije lo que tenía que decir..

JAC. Y en suma, nos quedamos sin saber lo que don Ezequiel pueda ser.

FABIAN Un santo.

JAC. Un necio.

ALB. Un celoso.

JAC. Estamos como al principio.

FABIAN Veremos en llegando al fin.

ALB. Aquí viene Leonardo.

ESCENA VI

FABIAN, JACINTO, ALBERTO y LEONARDO

LEONAR. ¡Bien... muy bien!... ¡queda colocado a mi gusto!... pero... ¿qué dirá Elena? ¿Le gustará?... El fondo debía ser más obscuro... (*Sin hacer caso de nadie.*)

ALB. Querido Leonardo...

LEONAR. ¡Hola!... ¿eres tú?... gracias; yo bueno... (*Le da la mano distraído.*)

JAC. ¿Enconstraste posición artística y luz conveniente para el busto?

LEONAR. Tal cual... hice lo que pude... (*Queda pensativo.*)

ALB. ¿Un busto?

JAC. Sí; de Elena... ¡una sorpresa!... lo ha colocado en el gabinete de su adorada... ¡como la estatua de la diosa, en el centro del templo!

LEONAR. ¡Como la estatua de la diosa!... ¿Y don Ezequiel?

FABIAN Se fué muy quejoso de usted.

JAC. Acaso a contárselo todo a Elena.

LEONAR. ¿Qué más da?... Pero siento no encontrarle.

FABIAN ¿Para darle una satisfacción?

LEONAR. O para darle un disgusto.

ALB. Voto por el disgusto.

FABIAN Le trató usted con poco respeto.

LEONAR. ¿Le ha comisionado a usted para decírmelo?

FABIAN No, señor.

LEONAR. Pues entonces, dispense usted que no le conteste. ¿Qué se cuenta por ahí, Alberto? (*Fabián, algo ofendido, se separa de Jacinto.*)

ALB. Algo que te interesa.

LEONAR. ¿A mí? A mí me interesan dos seres en este mundo: mi padre y Elena. Y de añadidura... algún amigo; muy pocos.

ALB. Pues luego te contaré muchas cosas.

LEONAR. Por contármelas tú, podrán interesarme.

ALB. Oye, Leonardo... (*Queriendo llevarle a un lado.*)

LEONAR. (Espera... creo que viene don Ezequiel, y

agradecería que me dejáseis solo con ese señor.) *(Alto.)* ¿Por qué no entran ustedes a ver el busto de Elena?... No por ser obra mía, sino por ser imagen de quien es... Y les agradecería que me dijesen francamente lo que opinan...

JAC. Con mucho gusto. ¿Vamos allá?... *(A los otros.)*

ALB. ¡Ya lo creo!... ¿Elena... y por ti? Vamos a verlo... a admirarlo.

FABIAN Si ustedes se empeñan... *(Aparece en el fondo don Ezequiel y se detiene.)*

LEONAR. Muchas gracias... pasen... pasen; yo no soy tan severo como don Ezequiel; yo dejo entrar a todo el mundo... sobre todo, cuando deseo quedarme solo.

ESCENA VII

LEONARDO. EZEQUIEL

LEONAR. Señor don Ezequiel, le agradecería a usted mucho que se acercase.

EZEQ. No tengo inconveniente.

LEONAR. Soy franco y leal, y quisiera que usted lo fuese conmigo.

EZEQ. Lo soy con todos.

LEONAR. Tanto mejor; así no tendrá usted que violentarse.

EZEQ. No me violento nunca.

LEONAR. Yo muchas veces.

EZEQ. Mal hecho. Pero usted dirá...

LEONAR. Pues empiezo y sin preámbulos. Usted se opone a mi boda con Elena, y se opone usted tenazmente. Nada consigue, pero hace usted cuanto puede.

EZEQ. Es cierto.

LEONAR. ¿Lo confiesa usted? *(Con violencia contenida.)*

EZEQ. ¿Por qué no?

LEONAR. No... si me agrada la franqueza. ¿Y por qué se opone usted a nuestros amores?

EZEQ. Porque me parecen funestos.

LEONAR. ¿Para quién?

EZEQ. Para ella. A usted no le confió su señor pa-

dre a mi cuidado, y con usted no tengo las obligaciones que con ella.

LEONAR. ¿Supone usted que yo no la haría... es decir, que no la haré feliz?

EZEQ. Justamente; no la haría usted feliz.

LEONAR. ¿No soy un hombre de honor?

EZEQ. Como se entiende el honor en esta sociedad... es muy posible que lo sea usted.

LEONAR. ¡Señor mío!... (*Con violencia.*)

EZEQ. No dudo que lo sea.

LEONAR. Bien está. ¿No quiero a Elena con todo mi corazón y con toda mi alma?

EZEQ. Con todo su corazón... acaso. Con toda su alma, como las almas quieren... no.

LEONAR. ¿Usted ve mi alma, por ventura? (*Con ironía.*) Oígame usted. (*Pausa.*) Un alma no es lo que usted imagina; no es un comodín para mostrarse severo; no es un pretexto para fingirse santo. O no es nada, o es algo que siente, que anhela, que ama. Y por eso le afirmo a usted, que quiero a Elena con toda mi alma, con todo lo que en mi ser es capaz de sentimientos, de anhelos y de amores.

EZEQ. ¡Palabras!

LEONAR. No sé explicarme bien; pero hablo con sinceridad.

EZEQ. Nadie nos engaña mejor que nosotros mismos.

LEONAR. ¿Pero usted qué imagina que soy yo?

EZEQ. Un artista. Un hombre que ama la belleza. Y eso es lo único que ama usted en Elena: la belleza. Ama usted a esa niña como amaría usted un hermoso cuadro o una divina estatua si se animasen. Amor de los ojos que ven luz y colores; de los oídos que perciben armonías; del tacto que adivina suavidades. Amor de los sentidos, nada más.

LEONAR. Señor don Ezequiel... (*Conteniéndose.*) ¡Miente usted!

EZEQ. Si piensa usted provocarme, pierde usted el tiempo.

LEONAR. Lo sé. (*Con desprecio más o menos oculto.*)

EZEQ. Pues entonces hemos concluído.

LEONAR. No, señor. Quiero que usted sepa, que por Elena estoy dipuesto a dar mi vida.

EZEQ. De pronto, de una vez, en un momento de delirio, sí la daría usted. Pero lentamente, hora tras hora, día tras día, un año y otro... ¡Ah! Leonardo... no *(Riendo friamente.)*

LEONAR. Va usted a conseguir que yo pierda la calma.

EZEQ. ¿No la había perdido aún?

LEONAR. ¡Don Ezequiel! Siento que una ola de sangre me sube a la cabeza!

EZEQ. Pues al estudio, al mármol, al cincel... estos son los momentos de la inspiración *(Quiere alejarse, pero Leonardo le detiene.)*

LEONAR. En suma, ¿es usted mi enemigo?

EZEQ. No.

LEONAR. ¿Pero hará usted todo lo posible para que Elena me rechace?

EZEQ. Si.

LEONAR. ¿Es una lucha a muerte entre los dos?

EZEQ. Es una lucha en que yo defiendo lo que es de Dios.

LEONAR. Bien está. Pues óigame todavía. Puede usted negármelo todo; pero que tengo una voluntad muy entera no me lo puede usted negar.

EZEQ. Sí, es usted obstinado. Una cosa es la voluntad; otra la obstinación.

LEONAR. Dele usted el nombre que le plazca. Pero conózcame usted bien, antes de luchar conmigo. *(Pausa.)* Yo era débil; me propuse ser fuerte: lo soy. Yo era torpe; me propuse manejar todas las armas: las manejo. Yo era obscuro y además perezoso; me propuse tener un nombre: le tengo. Yo tenía diez y nueve años cuando vi por vez primera a esa mujer. ¡La vi y se apoderó de mi alma, de esa alma que usted me niega! Iba en un coche, pasaba veloz, se alejaba: para siempre la perdía; no quise perderla; no la perdí. ¿Sabe usted lo que hice? No podía subir al carruaje; pues me arrojé delante de los caballos para que me atrope-

llasen... Caí ensangrentado... el coche se detuvo y supe quién era. Por ella y para ella quise tener gloria: la tuve. Quise ganar su amor: lo gané. Quiero que sea mía: lo será. Los obstáculos los venzo, los destruyo, los aniquilo. A vida o a muerte: está usted prevenido.

EZEQ. Lo estoy.

LEONAR. Dos palabras más. Como es la única conferencia que hemos de tener, no importa que sea larga.

EZEQ. Yo no me fatigo.

LEONAR. Yo, sí; pero para eso está la voluntad, para vencer la fatiga. Atienda usted. Yo tenía un amigo, casi un hermano; se enamoró de Elena: rompí con él para siempre, y contra él me hubiera jugado la vida; él no quiso. Ya ve usted que la amistad no me detiene. Dicen en Madrid que mi boda con Elena es una especulación indigna: mi fortuna es modesta, ella es riquísima; las apariencias están contra mí. Me va en ello la honra; pues ya ve usted que la deshonra no me detiene tampoco. Yo tengo un padre a quien quiero con toda mi alma, ¿lo oye usted?, ¡con toda mi alma!, y aquí no tiene usted pretexto para negármela. Mi padre, digo, se opone a nuestra boda. Pues bien; aunque mi padre me pidiese con lágrimas en los ojos y con amenazas de maldición que renunciase a Elena, ¡no renunciaría! Darle mi vida, sí; darle mi amor, no. Ya ve usted que ni mi padre me detiene. Y ahora vaya usted discurriendo lo que podrá importarme cuanto usted piense y cuanto usted diga.

EZEQ. ¿Acabó usted?

LEONAR. Sí.

EZEQ. Pues yo también.

LEONAR. Su frialdad de usted me irrita como usted no puede imaginar. ¡Elena me quiere! ¡Su alma es mía! ¿No se siente usted débil en esta lucha? ¿En qué confía usted?

EZEQ. ¡En Dios!... Aunque esto no lo compren-

dcrá usted. Lo diré de otro modo: confío en lo que usted llamaría la suerte... la casualidad... ¡qué sé yo!

LEONAR. Pues basta: al porvenir.

EZEQ. Al porvenir.

LEONAR. Acabaremos aquí nuestra conferencia, si a usted le parece.

EZEQ. Me parece bien.

LEONAR. Siempre a sus órdenes.

EZEQ. A las suyas, en cuanto no se oponga a mis deberes.

ESCENA VIII

LEONARDO, EZEQUIEL y ALBERTO

ALB. *(Entra entusiasmado.)* ¡Admirable!... ¡Divino!. ¡No has hecho nada igual!

LEONAR. ¿Te gusta?

ALB. ¡Es Elena!... ¡Ese mármol es Elena!... ¡Elena que vive, que mira, que sonríe!... ¡Es un prodigio!...

LEONAR. ¿De veras?... ¿De veras?...

EZEQ. *(Aparte.)* ¡Pobre loco!

LEONAR. Y los otros, ¿qué dicen?

ALB. Aquellos... aunque no te quieren bien... hay que decir la verdad... no te quieren... pues así y todo... ¡están asombrados!...

LEONAR. ¿También ellos?

ALB. ¡No faltaba más!... Pero es preciso que venga Elena... Es preciso que lo vea... ¿Quieres que la traiga?

LEONAR. Sí...

ALB. Pues voy o traerla, y a todas sus amigas.

LEONAR. Pero no le digas lo que es. ¡Cuidado! Una sorpresa, y nada más, ¿eh?

ALB. ¿Tan torpe me supones?

LEONAR. ¡Ya sé que no!... Anda, anda pronto.

ALB. ¡Verás cómo se queda!... ¡Qué admiración tan sincera!... ¡Qué exclamación de alegría!... *(Sale muy afanoso.)*

LEONAR. ¡Dios lo quiera!

ESCENA IX

LEONARDO, DON EZEQUIEL. Don Ezequiel, sentado en un sillón, frío, impasible, parece una estatua. Leonardo a distancia.

LEONAR. ¡Cómo me late el corazón!... Por más que diga Alberto, no puede gustarle mucho a Elena ese desdichado busto. Dirá que sí, por no apurarme... pero el busto no me satisface... Falta algo... falta algo... Al pronto, me alucinó... Pero es mármol, un pedazo de mármol que se parece a Elena... ¡No es Elena!... ¡Qué imbécil soy! ¡Qué cincel tan torpe!... ¡Soy un vanidoso, un necio!... ¡Si hubiera tiempo, me lo llevaba!... *(Se fija en don Ezequiel.)* ¡Todavía está ese!... ¡Ah, la mala sombra!... ¡Empeñado en matar todas mis ilusiones!... Estará pensando lo que ha de hacer, preparándose para la lucha. ¿Qué proyectará? Dijo que contaba con la casualidad... con la suerte... algo así dijo... *(Pausa. Acercándose con recelo.)* ¿Don Ezequiel?

EZEQ. ¡Ah! ¿Es usted otra vez?

LEONAR. ¿Por qué?... ¿Por qué dijo usted que contaba con la casualidad?

EZEQ. ¿Yo?

LEONAR. Sí.

EZEQ. No sé.

LEONAR. *(Aparte, alejándose.)* ¡Miente!... ¡Miente!... ¡Por algo fué!... ¡Por algo!... ¡Ah! ¡Ella!...

ESCENA X

DICHOS. Por el fondo, con animación, risas y conversaciones confusas, vienen ELENA, TRINIDAD, PAULINA, CAMILA y ALBERTO. Elena viene espléndida de hermosura; viste con elegancia; las demás señoras son jóvenes y hermosas y también muy elegantes, forman un conjunto deslumbrador de luz, colores, alegría y belleza.

TRIN. ¿Pero no quiere usted decirnos qué sorpresa nos prepara? *(A Alberto.)*

PAU. ¡No nos atormente usted!

CAMILA ¡Por Dios, Alberto!

ELENA No... no lo diga usted.. ¡Si lo dice, no hay sorpresa!...

LEONAR. ¡Elena!...

ELENA ¡Leonardo!... *(Se dan la mano; después Leonardo saluda a las damas.)*

CAMILA ¿Pero usted, Leonardo, toma también parte en la sorpresa?

ELENA ¡No hay más que verle la cara!...

PAU. ¡Hablen ustedes!...

ALB. Yo no digo nada, me lo han prohibido...

ELENA ¿Y usted, Leonardo?

LEONAR. Yo no puedo.

ELENA ¡Qué pálido está usted!...

PAU. ¡Y qué conmovido!

TRIN. *(Acercándose a don Ezequiel.)* ¿Es usted el de la sorpresa?

EZEQ. No, señora *(Se levanta, saluda y se va por el fondo.)*

TRIN. ¡Atención!... ¡Don Ezequiel se va ofendido!

ELENA (¿De veras no tienes nada? ¿No estás enojado?)

LEONAR. ¡Yo.., enojado contigo!)

ELENA ¡Pero acabemos de una vez!... ¿Dónde está la sorpresa?

ALB. La que me ame que me siga. *(Dirigiéndose a la derecha.—Todas, riendo y bromeando, retroceden.)*

PAU. ¡No es poco vanidoso!... la que le ame... *(Riendo.)*

CAMILA ¡Se queda usted solo! ¡Nadie le ama a usted!...

ALB. ¡Esta sí que es sorpresa... para mí!

ELENA ¿Pero adónde va usted?

ALB. A sus habitaciones de usted, que Leonardo tomó por asalto atropellando a don Ezequiel.

ELENA ¡Cómo es eso!

ALB. Aquí dentro está el misterio... y la sorpresa... y...

LEONAR. ¡Silencio!

ALB. Conque ahora... que me siga... la que quiera seguirme.

ELENA Todas.

TODAS ¡Todas! Todas... todas... *(Entra Alberto y tras él, con mucha animación, Trinidad, Camila y Paulina. Elena la última.)*

ELENA *(Deteniéndose al ver que no va con ella Leonardo.)* ¿Y usted, Leonardo?... *(Acercándose.)* ¿Y tú, Leonardo?...

LEONAR. Yo... no... ¡yo no puedo!

ELENA ¿Pero la sorpresa es tuya?

LEONAR. Entra, Elena mía... pronto... tú, la primera.

ELENA ¿Un misterio? *(Ya en la puerta dispuesta a entrar.)*

LEONAR. ¡Celestial!

ELENA ¡Pues al cielo!

ESCENA XI

LEONARDO, después FABIAN y JACINTO

LEONAR. *(Acercándose a la puerta para oir.)* ¿Estarán ya?... ¡Nada se oye!... ¡Pero qué es esto!... ¿Vuelven?... *(Salen Fabián y Jacinto.)* ¡Ah... son ustedes!...

FABIAN Cedemos el puesto a las damas.

LEONAR. ¿Lo han visto ya?

JAC. Al salir nosotros se disponían ellas a entrar.

FABIAN Muy parecido; no puede negarse.

JAC. Algo idealizado.

FABIAN En suma, un hermoso mármol.

JAC. Mi enhorabuena, Leonardo. *(Dándole la mano.)*

FABIAN Y la mía. *(Lo mismo.)* Usted ha hecho trabajos de más empeño... pero éste tiene su mérito y es muy agradable.

LEONAR. ¡De más empeño, ninguno!

JAC. ¿No te parece que los ojos no son iguales? *(A Leonardo.)*

LEONAR. *(Algo alarmado.)* No sé.

FABIAN Yo no reparé... Lo que sí me parece, es que

en el cabello faltan algunos toques de cincel para hacerlo «más movido».

LEONAR. Puede ser.

FABIAN De todas maneras es un busto muy notable. Repito mi enhorabuena.

JAC. Algo te ha temblado el pulso... no lo niegues... es natural. De todas maneras muy hermoso. Vamos a los salones a dar la noticia. Se abrirán las puertas del otro lado, mal que le pese a don Ezequiel!

FABIAN Hasta luego, Leonardo.

JAC. *(Aparte a don Fabián, al salir.)* Francamente, ¿qué le parece a usted?

FABIAN *(Aparte a Jacinto.)* No está mal, no está mal. Pero el busto no se halla a la altura de su reputación.

JAC. Yo creo que la reputación y el busto están a la misma altúra. *(Salen riendo con discreción.)*

ESCENA XII

LEONARDO, después ELENA

LEONAR. No les ha satisfecho. Y acaso tienen razón. ¡Dios mío, si a Elena tampoco le gusta!... ¡Elena!...

ELENA ¡Leonardo!... *(Se acercan como crean los actores que deben acercarse.)* ¡Qué hermoso es! *(Conmovida.)*

LEONAR. ¿De veras?... ¿Te parece hermoso?... ¿Tiene parecido?

ELENA ¡Soy yo misma! Pero como tú me ves, como te figuras que soy. ¡Sí, Leonardo; se parece mucho a la Elena que llevas en el alma. Y eso me alegra, eso quiero; que te imagines que soy hermosa, aunque no lo sea. No, no seré yo la que te desengañe! *(Con cariño y algo de coquetería.)*

LEONAR. Ni lo conseguirías. Lo único que no podrías conseguir de mí. ¡Eres hermosa, eres divina, más divina que ese pedazo de mármol labrado por esta mano torpe! ¡Tus ojos brillan y dicen tántas cosas! Aquellos

están ciegos. Tus labios sonríen para mí, que es como si todo el cielo me estuviera acariciando. Aquellos labios, al fin y al cabo, son de piedra. ¡Tus cabellos son tan suaves! Si me acerco, con mi aliento se mueven. Aquellos los labré a cincel, ¡qué duros! ¡qué macizos! ¡Perdóname, ha sido una profanación!

ELENA (*Mirándole con pasión.*) ¿Pero todo eso que dices lo sientes?

LEONAR. ¿Vas a dudar de mí?

ELENA ¿Dudar yo? No. Es que soy una pobre mujer, ¡y gozo tanto cuando dices esas palabras tan cariñosas! Tú vives con mucha más vida. Tú vives para el arte, para la gloria, ¡para la inmortalidad! Y yo no. No tengo más arte que el de hacer que me quieras; ni más gloria que tu cariño; ni más inmortalidad que la que Dios me conceda junto a ti. (*Con ternura.*)

LEONAR. ¡Si a mí todo eso de la gloria y del aplauso no me importa nada! Si no me inporta más que una cosa: ¡tu amor! ¡Y con tu amor soy feliz y soy glorioso y soy inmortal: aquí o bajo tierra, o en el cielo o donde estés!

ELENA (*Le oye con alegría.*) Diga lo que quiera don Ezequiel, es muy hermoso quererse mucho.

LEONAR. ¿Pues qué dice ese hombre?

ELENA ¿Don Ezequiel?... Qué sé yo: es muy santo y dice cosas muy santas. Tú no le quieres; pero ya le querrás. Hay que atender sus consejos, que son siempre muy buenos.

LEONAR. ¡No... no atiendas sus consejos! ¡Te aconsejará que no me quieras!

ELENA Es verdad. (*Sonriendo con malicia.*) Pero déjale: el pobre quiere hacer de mí una santa. ¿Qué mal hay en esto? Santa... no he de serlo; pero cuanto mejor sea por los consejos de don Ezequiel, más contento estará conmigo mi Dios de mi alma. (*Con expresión mística.*) Y más dichas me concederá, y como para mí no hay más que

una, tu cariño, «El» hará que tú me quieras más y más, que «El» puede mucho.

LEONAR. ¡Elena! ¡Don Ezequiel puede mucho contigo!

ELENA *(Casi al oído.)* Tú puedes más.

LEONAR. Se empeñará en convencerte que no te quiero.

ELENA Mira tú, de eso sí que el santo varón no entiende nada. En eso no hay que hacer caso.

LEONAR. ¡Querrá probarte que yo sólo te amo, porque eres hermosa!

ELENA ¡Pobre hombre! ¡Si eso dice! ¿Pero acaso no sé yo que tú me querrías lo mismo, aunque fuese muy fea?

LEONAR. ¡Mira... siento una dicha inmensa, porque veo que me quieres mucho; pero siento miedo por ese hombre!... ¿Sabes cómo le llaman todos? ¡El hombre negro!

ELENA ¡Qué niño eres!... Yo estoy perfectamente tranquila. ¿Pero qué puede contra nosotros?

LEONAR. ¡Mientras esté yo junto a ti, nada! Pero...

ELENA ¿Es que vas a dejarme? *(Con angustia.)*

LEONAR. Por breves días... Ya lo sabes... ya te lo he dicho...

ELENA ¿Al fin te llama tu padre?

LEONAR. Sí, Elena. No me atrevía a decírtelo.

ELENA Serán días de muchas lágrimas. Pero debes ir.

LEONAR. Ya sabes para qué me llama.

ELENA ¡Ya lo sé; para convencerte que debes renunciar a tu Elena!... *(Angustiada.)*

LEONAR. Pero no me convencerá; ya lo sabes tú.

ELENA *(Mirándole con los ojos muy abiertos.)* ¿Pero de todas maneras?...

LEONAR. No hay poder humano que me separe de ti. ¡Ni mi padre!

ELENA ¿Me lo juras?

LEONAR. ¡Por él y por ti!

ELENA En esa confianza... haz lo que debas hacer... ve cuando debas ir.

LEONAR. Esta noche...

ELENA (*Abrazándole.*) ¡Tan pronto! No importa: vete esta noche.

LEONAR. ¡Elena mía!

ELENA Me quedo contando los minutos por lágrimas.

LEONAR. ¡No, que se van a empañar tus ojos! (*Don Ezequiel aparece en el fondo.*)

ELENA ¿Los querrás menos si se empañan?

LEONAR. ¿Por qué dices eso, cruel? ¡Ah!... (*Reparando en don Ezequiel.*) Es natural que lo digas. Ya está ahí ese hombre.

ELENA No te enojes.

ESCENA XIII

DICHOS, DON EZEQUIEL

ELENA Acérquese usted.

EZEQ. Siempre estoy a tus órdenes. (*Acercándose.*)

ELENA Si ustedes quisieran complacerme, serían buenos amigos.

EZEQ. No soy enemigo de nadie.

LEONAR. Si tengo enemigos, no será porque yo los busque.

ELENA Usted porque no los tiene y usted porque no los busca, resulta que todos estamos en paz.

EZEQ. En paz y ojalá que en gracia de Dios.

LEONAR. Voy a despedirme de aquellas señoras... con el permiso de usted, Elena.

ELENA Pero antes de marcharse...

LEONAR. Volveré a despedirme de usted. (*Se inclina ante don Ezequiel y sale por la derecha.*)

ESCENA XIV

ELENA, DON EZEQUIEL

ELENA Leonardo tiene razón en recelar de usted.

EZEQ. ¿Por qué?

ELENA Porque usted no es justo con Leonardo.

EZEQ. Ya te lo he dicho muchas veces y a él se lo he dicho hace un momento. Para mí la

vida es cosa muy seria y quiero que lo sea para ti. Para Leonardo la vida es algo a manera de comedia. Sin darse él mismo cuenta, engañándose a sí mismo, finge lo que no siente.

ELENA — Mucho le respeto a usted, mucho le debo; ha sido usted para mí un segundo padre. Pero no puedo consentir que en mi presencia ofenda usted a quien ha de ser mi dueño; ¡a quién lo es ya! Le quiero, le respeto, creo en él; no me hable usted ya nunca de Leonardo. *(Con energía.)*

EZEQ. — Esta vez no hice más que contestar a tus preguntas.

ELENA — Perdone usted, don Ezequiel; pero me duele que dos personas que ocupan en mi corazón lugar tan preferente... ¡se traten con tanta injusticia! Es decir, usted a él. El no hace, el pobre, más que defenderse.

EZEQ. — ¿Le das la razón? *(Con cierta violencia y cierto enojo que domina.)*

ELENA — Sí. Yo digo siempre la verdad.

EZEQ. — ¡La razón a él!... Esperaré a que los hechos me la den a mí.

ELENA — ¡Otra vez!

EZEQ. — *(Con desesperación muy reconcentrada.)* ¡Hoy puede más que yo!... Esperaré. *(Se dirige al fondo.)*

ELENA — *(Siguiéndole.)* Usted me quiere mucho y su cariño exagera las cosas. Usted quisiera que mi esposo fuese ¿qué sé yo?... ¡Un ángel!... ¡Un santo!... la perfección suma!... pero el mundo y los hombres no son así. ¡Y cuenta que por complacerle a usted concedo demasiado!... ¡Leonardo es muy bueno, muy noble, muy generoso!... Y yo... ¡yo le quiero más que si fuese un ángel, un santo o una de esas perfecciones con que usted sueña! ¡Bodas entre seres divinos, allá en el cielo!... En la tierra... las bodas son como la mía con Leonardo.

EZEQ. — ¡Con qué tristeza te oigo, Elena! ¡Cómo arrastras las alas por el suelo! No te que-

jes si al querer volar y subir, pesa en las plumas el barro.

ELENA No me quejaré.

EZEQ. Ni tendrás derecho, Elena; no eres lo que fuiste. Si llegan horas de amargura, no pidas a Dios justicia, pídele sólo misericordia.

ELENA ¿Hice algo malo?

EZEQ. Huir del bien.

ELENA ¿Querría usted que me encerrase en un convento? Sintiendo vocación, fuera cosa muy santa; pero amando a un hombre, sería para él, traición; para mí, crueldad; para mi Dios, engaño!

EZEQ. Nunca he exigido de ti perfecciones de que no eres capaz. Eres buena, pero débil.

ELENA ¡Más débil me quisiera usted! *(Con cierta intención.)*

EZEQ. ¡Elena!

ELENA Usted dice lo que piensa, pues lo que pienso digo yo. ¿Prefiere usted que finja?

EZEQ. No; muéstrame, muéstrame tu corazón que me conviene conocerlo.

ELENA Bien lo conoce usted.

EZEQ. No, hasta hoy no lo conocí del todo. *(Cae en la mesa y oculta el rostro entre las manos.)*

ELENA ¡No se enfade, no se aflija! ¡Vamos, don Ezequiel!... Hágase cargo que yo no tengo la fortaleza que usted. Yo haré todo lo que usted me mande... nó tratándose de mi cariño. Si yo no soy egoísta; al menos procuro no serlo. Para obras de piedad siempre pudo usted contar conmigo. ¿Me repugnó alguna vez acudir a los miserables, a los enfermos, a los que sufren? ¿Me detuvo el miedo para acercarme al contagio? No, en estos casos hay que confiar en Dios y entregarse a él. Y yo me entregué... *(Ezequiel la mira fijamente; luego queda pensativo. Pausa.)*

EZEQ. *(Dulcificando el tono.)* Sí, Elena, tienes razón. Exijo demasiado. Eres una niña al fin y al cabo. Y yo debiera tener más jui-

cio y más prudencia, que tengo más años. Todo no se consigue en un día. El camino de la perfección es largo. ¡Qué remedio!... No temas, en adelante no pronunciaré ni una palabra que te moleste. Adiós, Elena.

ELENA ¿Va usted enojado? *(Con humildad.)*

EZEQ. No. Te lo aseguro.

ELENA Pues no se marche. *(Con mimo.)*

EZEQ. Es preciso.

ELENA No es preciso. *(Deteniéndole.)*

EZEQ. De veras que sí.

ELENA ¿Pues adónde va usted?

EZEQ. ¿Adónde?.. ¿Adónde?... *(Sonriendo.)* Yo también tengo mis obligaciones.

ELENA ¡A que no dice cuáles son!

EZEQ. ¿Por qué no?

ELENA Bueno.. pues a ver.

EZEQ. ¿Te acuerdas de aquella Hermana de la Caridad, María de los Dolores?...

ELENA Sí. La que me cuidó con tanto cariño hace tres años... cuando estuve a la muerte...

EZEQ. Está muy malita la pobre... y voy a verla.

ELENA Pues aguarde usted, y cuando se marchen las visitas iremos los dos.

EZEQ. No, Elena.. no puede ser...

ELENA ¿Por qué? ¿Soy indigna acaso de ir con usted?

EZEQ. No, Elena; es que la enfermedad de la pobre María de los Dolores es terrible... es contagiosa: no puedes ir... no puedo llevarte.

ELENA ¿Sería la primera vez?

EZEQ. Ya no... ya no... En mí sería crueldad... tienes mucho apego a la vida... y mucho apego a la hermosura... No, Elena.

ELENA ¡Si es castigo.. es castigo muy cruel!...

EZEQ. Por Dios, Elena... viene Leonardo... silencio.

ELENA ¿Pero me llevará usted?

EZEQ. No. *(Se separa de Elena.)*

ESCENA XV

DICHOS, LEONARDO. Después ALBERTO, TRINIDAD, PAULINA, CAMILA

LEONAR. ¡Elena! *(Aparte.)* ¡Todavía ese hombre aquí! *(Se acerca y le da la mano.)*

ELENA ¿Se va usted? *(En voz baja.)* (¿Te vas ya?)

LEONAR. Sí. *(En voz baja.)* (¡Sí, vida mía!)

ELENA Tan pronto... *(En voz baja.)* (¡Tan pronto, Leonardo!) *(Ezequiel la observa.)*

LEONAR. Es preciso... Sabe usted que esta misma noche salgo para Granada. *(En voz baja.)* ¡Alma de mi alma!

ELENA Pero volverá usted pronto. *(En voz baja.)* (¿Volverás pronto?)

LEONAR. Muy pronto... *(En voz baja.)* (Tan pronto, que estoy por no marcharme...)

ELENA (Es preciso, tu padre te espera.)

LEONAR. (¿Ese hombre?...)

ELENA (No temas, ya está convencido.) *(Se separa de ella y se va hacia la izquierda. Elena le sigue con la vista. Ezequiel observa la escena de despedida; las frases en voz alta, en tono de cortesía; las frases en voz baja, en tono apasionado. El contraste, las miradas, etc., etc., todo esto queda encomendado a los actores. En este momento entran los demás personajes y rodean a Elena, que casi no les atiende, para seguir con la vista a Leonardo. El grupo es un conjunto de luz, lujo, juventud y hermosura, en cuyo centro se destaca Elena.)*

CAMILA ¡Divino!... ¡Qué mármol!

PAU. ¡Un prodigio!... ¡Es Elena!

TRIN. ¡Tan hermoso como tú!

EZEQ. *(Aparte.)* ¡Hermosuras terrenas!... ¡Tierra que se deshace!

ELENA ¡Adiós, Leonardo! *(Como yendo hacia él.)*

LEONAR. ¡Adiós, Elena!...

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

JACINTO, CAMILA, UN CRIADO

JAC. ¿De modo que no han llegado todavía los viajeros?

CRIADO No, señor. Y ya vinieron a preguntar algunas señoras y dos caballeros.

JAC. Más señoras que caballeros, ¿verdad?

CRIADO Sí, señor.

JAC. Es natural. Ya te lo dije yo, querida hermana. *(Riendo.)*

CAMILA Ellos habrán ido a la estación, querido hermano: son más impacientes que nosotras. *(Con cierta intención.)*

JAC. Bueno; pues como no pueden tardar... esperaremos. *(Al Criado.)*

CRIADO Sí, señor. *(Se retira.)*

JAC. ¡Más señoras y señoritas, que señores! Ya lo has oído.

CAMILA Pues ellos tendrán «tanta curiosidad» como ellas: óyelo tú.

JAC. No, vosotros más. ¡Si no me has dejado descansar en toda la mañana. «¡Jacinto, que se hace tarde!» «¡Jacinto, que ya habrá llegado Elena!»... «¡Que quiero verla, Jacinto!)... ¡Ya os conozco!... ¡ya! Ya te conozco, hermanita...

CAMILA Ese afán por ver a la pobre Elena, no prueba más que una cosa: que nosotras somos

más sensibles, más cariñosas que vosotros. ¡Tengo tanto afán de verla, de abrazarla, de comérmela a besos!

JAC. ¡Es una ternura la que sentís unas por otras, que enternece a las piedras! ¡Oh! profundidades del corazón femenino. *(Con ironía marcada.)*

CAMILA ¿Qué quieres decir?

JAC. Que como Elena ha estado ausente más de tres meses... sus amigas se mueren por darle la bien venida: nada más. Yo no soy capaz de pensar otra cosa. Pero, dime tú: si tanto os interesaba vuestra amiguita, ¿por qué en los dos meses de su horrible enfermedad no vinistéis a verla ni una vez?

CAMILA ¿Qué sé yo?... De casa mandamos todos los días a preguntar por ella.

JAC. Pero tú no viniste.

CAMILA No tenía quien me acompañase.

JAC. No es eso. ¿Quieres que te lo diga yo?

CAMILA Di lo que quieras.

JAC. Oye... y confiesa... Elena fué con don Ezequiel a ver a María de los Dolores...

CAMILA Ya sé...

JAC. La infeliz se moría... y murió... ¡La viruela! ¡La enfermedad terrible!... ¡La que acaba con la vida... o acaba con la hermosura!... ¡La que pone sello repugnante en el rostro!...

CAMILA ¡Calla, por Dios, hijo!... ¡Que me da frío!

JAC. Y Elena, en su cutis de rosa, sufrió la mordedura del contagio.

CAMILA ¡Pobrecilla!

JAC. ¡Pues por eso venís todas con tanto afán... y tanto interés... y tanto cariño... *(En voz baja y al oído.)*

CAMILA Para ver si se ha repuesto.

JAC. Y de paso... oh, prosa de la vida!, para ver si ha quedado muy desfigurada. *(Siempre en voz baja.)*

CAMILA ¡Calla por Dios, hombre!

JAC. Ahora sí callaré, porque ya lo dije todo.

ESCENA II

CAMILA, JACINTO, PAULINA

PAU *(Hablándo con el criado, que se supone que está dentro.)* ¡Bueno... bueno... esperaré!... ¡Querida Camila!... *(Besándose.)* Jacinto, felices.

CAMILA Ya suponía yo que habías de venir.

JAC. Y yo también.

PAU. ¡Tengo unas ganas de ver a Elena!... ¡Pobrecita mía, lo que ha sufrido! ¡Cuántos besos voy a darle! Oye, Camila, ¿crees tú que se la podrá besar sin peligro?...

CAMILA ¡Sí, mujer!...

JAC. Han pasado cuatro meses.

PAU. ¡Es que tengo un miedo!... Mira, mujer; yo, si llegase la ocasión... de hacer una obra de caridad...

JAC. Si llegase la ocasión, arriesgaría usted la vida; pero no el palmito.

PAU. ¡Ea!... no soy hipócrita; digo lo que siento. Esa enfermedad me da mucho miedo, mucha repugnancia... cada una tiene la cara que Dios le ha dado y no me gustaría que se estropease antes de tiempo.

JAC. ¡Así me gusta! ¡la franqueza!

PAU. ¿No piensas tú lo mismo?

CAMILA No me gusta pensar en esas cosas.

PAU. *(Con mucha curiosidad.)* ¡Y qué noticias tienes de Elena? ¿Cómo «ha quedado»? ¿Está guapa todavía?...

CAMILA No sé. No la ha visto nadie. Hizo en Sevilla una vida muy retirada.

PAU. ¡Pues yo me consumo por ver cómo tiene la cara!

JAC. Paulina, es usted una niña excepcional. Si alguna vez riñe usted con Paquito, avíseme usted, porque me gusta usted mucho, por lo buena, por lo linda y por lo franca.

PAU. ¡Muchas gracias!... ¡No sé mentir!...

CAMILA ¿Pero ha venido tu madre?

PAU. Hoy no se sentía bien: nada de importancia; los nervios. Pero yo no podía estar... y secuestré a la institutriz... y aquí estoy,

esperando la llegada de Elenita. ¡Ay, mujer, qué pena tan grande si ha quedado fea!...

CAMILA Ya... ya... sería una pena muy grande.

JAC. Un drama para ella... y una comedia para los demás.

PAU. No para todos; para Leonardo ¡tragedia!

CAMILA Pero ¿qué es de Leonardo, sabes tú?

JAC. Leonardo se fué a Granada, porque le llamó su padre... ya saben ustedes que se oponía a la boda... y por eso le hizo ir. ¡Conque hubo, según cuentan, escenas terribles! ¡El pobre viejo tiene un genio de todos los diablos! ¡Y Leonardo es hijo de su padre!... De resulta de aquellos disgustos, el buen señor se puso muy malo... un ataque a la cabeza... Y es claro, Leonardo no pudo abandonarle... Por este tiempo fué cuando Elenita estuvo a la muerte. Don Ezequiel, aprovechando la enfermedad de Elena, cortó «los hilos telegráficos». ¡Se interrumpieron, o poco menos, las comunicaciones! Al fin, Leonardo ha sabido por Alberto que hoy llega Elena... y hoy llegará él. Tienen ustedes dos momentos de emoción.

CAMILA Eso es: llegada de Elena.

PAU. Y llegada de Leonardo... ¡Y el encuentro de los dos! ¡Qué gusto!

ESCENA III

PAULINA, CAMILA, JACINTO, TRINIDAD y DON FABIAN, por el foro.

TRIN. No hace falta que nos anuncien. *(Al criado.)* Ya estamos aquí todos. Paulinita!... *(Besándola.)*

PAU. Querida...

TRIN. ¡Camila!... Al cabo no bajaste a la estación. Adiós, Jacinto. *(Se dan la mano.)*

CAMILA No, hija. Preferí esperarles aquí. *(Don Fabián saluda a Camila y Paulina.)*

FABIAN Siempre a sus pies.. *(A las señoras.)* Amigo Jacinto...

CAMILA Pero ¿tú has bajado a la estación? (*A Trinidad.*)

TRIN. Ya lo creo. Allí encontré a don Fabián que ha tenido la bondad de acompañarme.

FABIAN Ha sido para mi honra señalada y placer singularísimo.

CAMILA ¿De modo que ustedes han visto llegar a Elena y a don Ezequiel?

TRIN. Les hemos visto.

PAU. Pero ¿cómo no están aquí? ¡No lo comprendo! Vamos, no lo comprendo.

CAMILA ¿Dónde están que no se presentan?

JAC. No nos tenga usted así. (*Con interés, con curiosidad todos ellos; rodeando, asaltando materialmente a Trinidad. Ella sonríe y se da tono como la que está bien enterada de todo.*)

TRIN. Paciencia, hijas; calma, mucha calma, que yo lo explicaré todo.

PAU. Pues vamos. (*Todos la rodean.*)

TRIN. Hijas mías, nuestra querida Elena ha visto la muerte muy de cerca. Y esto da ciertas ideas... ¿comprendéis?... que los sentimientos religiosos, si estaban dormidos, despiertan; si estaban despiertos, se avivan más, y Elena acompañada de don Ezequiel, antes de venir a su casa, fué a cumplir un deber sagrado, haciendo una visita en acción de gracias a su virgen predilecta: la Virgen de los Dolores.

JAC. ¿De todas maneras vendrán pronto?

TRIN. En seguida.

PAU. (*Con curiosidad.*) Vamos... y di... ¿qué?...

CAMILA ¿Tú la has visto?

TRIN. No os digo que sí.

PAU. ¿Y cómo viene?

TRIN. Bastante repuesta. ¿No es verdad, don Fabián?

FABIAN Sí... muy repuesta, muy animosa.

PAU. No... no pregunto eso.

TRIN. ¿Pues qué preguntas?...

PAU. (*A Trinidad.*) Queremos saber «cómo trae la cara Elenita». ¡Lo dije!

TRIN. ¿La cara?... pálida... muy pálida...

PAU. Puede estar pálida... y puede estar muy hermosa. ¡Qué pesada!... di... ¿viene hermosa o no?... ¿La enfermedad destruyó su hermosura?... ¿o es la Elena, la divina Elena de siempre? ¡aquella Elena del busto maravilloso que está allá dentro!

TRIN. ¡Ay, qué pena más grande! ¡Hijitas mías, yo he llorado como una Magdalena! ¡y lloraréis en viéndola!

CAMILA ¿Conque desconocida?

PAU. ¡Pobrecilla!

FABIAN Camila... Paulina... hay que desengañarse; «la hermosura vale poco»; ¡en eso para!

PAU. Al contrario, don Fabián; «por eso vale mucho», porque es escasa y delicada y se estropea pronto.

CAMILA Pero cuenta, cuenta. *(Con afán.)*

TRIN. Ya lo dije todo.

JAC. Una palabra muy breve y muy triste y muy inverosímil. ¡Elena... fea!

CAMILA Puntualiza, hija; no lo expliques así... tan en compendio.

PAU. Eso es. El color...

TRIN. ¡Desapareció! Aquel color trigueño tan bonito, aquel sonrosado tan ideal... ya no existen. En su lugar... ¡un puñado de ceniza!

PAU. ¡Qué horror!

CAMILA ¿Y qué más?

PAU. ¿Y aquel óvalo tan perfecto?...

TRIN. Tampoco. Aquel óvalo es un contorno anguloso, ¿sabéis? Los pómulos muy salientes. ¡Qué tristeza!

PAU. Lo que me más me asusta: que sobresalgan los pómulos. ¡Qué miedo!

CAMILA ¡Válgame Dios!

JAC. Trinidad, viene usted fúnebre.

PAU. ¿Y los ojos?... ¿Conserva los ojos como antes?

TRIN. ¡Marchitos! A veces se animan y brillan, pero es peor, porque su luz ilumina todos los estragos que la enfermedad ha hecho en aquel rostro tan divino... ¡Soles de fuego sobre un desierto de arena!

JAC. ¿De modo que Elena parecerá una vieja?...

TRIN. Peor. La vejez tiene su hermosura. Pero Elena bien se ve que todavía es joven.

PAU. Y dime, ¿conserva el cabello?

TRIN. Sí, lo conserva... y es peor. Porque es un marco soberbio para un rostro marchito y muerto.

PAU. Oye, tú... ¿y el cuerpo... la figura?...

TRIN. Ha perdido la esbeltez... está como agobiada.

JAC. ¡Ruina completa!

FABIAN Completa, créanme ustedes. Yo la he visto bajar del tren, y no la he conocido. ¡No la he conocido! No soy hombre que se afecta mucho por estas cosas, y, sin embargo, me he conmovido... me he conmovido.

PAU. ¡Se ha conmovido usted!... ¡Ay, cómo vendrá la pobre criatura!

FABIAN ¡Paulinita!

CAMILA ¡Silencio!... Alguien viene... *(Acercándose al fondo.)*

TRIN. Será ella.

JAC. ¿Será ella?

FABIAN No, es Alberto.

PAU. ¡Cuánto tarda!

ESCENA IV

PAULINA, CAMILA, TRINIDAD, DON FABIAN, JACINTO, ALBERTO

ALB. Aun no llegó. Bueno: momentos de calma. Saludo a las hermosas. *(Dándolas la mano.)*

PAU ¡Felices, Alberto! *(Las otras dos le saludan en voz baja.)*

ALB. Don Fabián... Jacinto... ¿Alguno de ustedes fué a la estación... vió a Elena?

PAU. Esa... *(Por Trinidad.)*

JAC. Y éste... *(Por don Fabián.)*

ALB. ¿Y qué tal?... ¿Cómo viene?...

TRIN. Bastante repuesta.

ALB. Eso es lo principal. ¿Y don Ezequiel?

PAU. ¡Ay, es verdad!... ¿Y don Ezequiel?

TRIN. Como siempre.

ALB. Siempre una mancha negra.

TRIN. Pues ya dije lo que sabía. Ahora le toca a usted, Alberto.

ALB. ¿A mí, señora?

PAU. Claro está. Le toca a usted darnos noticias. ¿A qué hemos venido?

ALB. ¿Pero qué noticias he de dar? ¿De qué, o de quién?

PAU. ¡De Leonardo, hombre de Dios! ¿Va a llegar?... ¿Ha llegado?... ¿Cuándo viene?... ¿Cómo viene?... *(Siempre Paulina con ligereza, con movilidad, con ingenuidad: aturdida, pero simpática.)*

ALB. Llegó ya. *(Todos rodean a Alberto con curiosidad.)*

PAU. ¿Pero vendrá en seguida?

ALB. Vendrá en seguida.

PAU. Hable usted. Diga usted más. Todo lo que usted sepa de Leonardo... ¡todo!

JAC. Desde que supo que Elena estaba mala de gravedad.

ALB. Supo, en efecto, que Elena estaba enferma; pero no podía abandonar a su padre, que estaba gravísimo... Yo le escribía, tranquilizándole en lo posible: le ocultaba la enfermedad ;le decía que eran unas fiebres tenaces, con cierto carácter tifoideo; pero sin gravedad. Al fin le escribí que Elena estaba fuera de cuidado y que se iba a Sevilla o al campo a restablecerse por completo.

PAU. Supongo que Elena, en cuanto pudo escribir, le escribiría.

ALB. Supongo lo mismo. Pero esto no lo sé. Cuando le telegrafié que hoy llegaban, en seguida tomó el tren, y hace hora y media nos dimos un buen abrazo, muy apretado, muy apretado, como el que en breve darán ustedes a Elenita.

PAU. ¿Y cómo no está aquí?

ALB. En cuanto llegó, sin quitarse el polvo del camino, vino; pero los criados nos dijeron que Elena no había llegado. Entonces fuimos a la estación, y ya habían llegado, pe-

ro no estaban. Volvimos aquí, pero tampoco estaban, y nos dijeron que don Ezequiel había llevado a la señorita a la iglesia... ¡Cómo se puso Leonardo!...

FABIAN Hombre, no hay motivo.

ALB. No habrá motivo, pero él se puso hecho una furia.

FABIAN Eso sí lo creo.

PAU. La impaciencia natural.

ALB. Quiso ir en seguida a buscar a Elena; pero como yo sé que la primera vez que se encuentre con don Ezequiel vamos a tener un disgusto, no le dejé.

FABIAN Pero, ¿por qué es esa enemiga contra un hombre tan bueno?

ALB. Porque le hace responsable de la enfermedad de Elena.

PAU. ¡Y tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Llevar a una mujer tan hermosa a visitar variolosos, es mala intención!

TRIN. No, hija; eso no; será ligereza.

ALB. Pues Leonardo cree firmemente que fué una infamia de don Ezequiel; una maquinación horrible; un asesinato frustrado.

FABIAN ¡Ave María Purísima! ¡Ese hombre viene más loco que se fué!

PAU. ¡Callen ustedes!... ¿No es un coche?

CAMILA Sí... un coche ha parado... *(Van hacia el fondo o hacia alguna ventana, según sea la decoración.)*

JAC. ¡Es Elena!... ¡Elena!... ¡A recibirla todo el mundo!

PAU. ¡Al fin vamos a abrazarla!

FABIAN Tengan ustedes juicio... nada de exageraciones...

ALB. Dice bien don Fabián.. la pobre debe estar todavía muy débil...

ESCENA V

TRINIDAD, PAULINA, CAMILA, DON FABIAN, JACINTO, ALBERTO, ELENA y DON EZEQUIEL. Elena viene como se ha descrito en la escena anterior: Flaca, pálida, marchita, algo picada de viruelas y sin hermosura, sin gallardía. En suma, fea sin ser ridícula una fealdad triste que no se preste a la burla. Viste de hábito, del Carmen o de los Dolores, etc., etc., el que resulte más artístico

ELENA ¡Al fin!... ¡En mi casa!... ¡Dios mío!... *(Tendiendo los brazos o haciendo lo que la actriz crea que debe hacer para demostrar una emoción profunda.)* ¡Ah!... ¡Vosotras!... *(Reparando en las amigas que le salen al encuentro.)* ¡Vosotras!

PAU. ¡Elenita! *(Abrazándola.)*

CAMILA ¡Elenita mía *(La abraza también, disputándosela a Paulina.)*

TRIN. ¿Y yo no soy nadie? ¿A mí no se me da un abrazo?... *(Se abrazan.)*

ELENA ¡A todas!... ¡A todas!... ¡Qué buenas sois!... ¡Cuánto he pensado en vosotras!... ¡Os quiero mucho, mucho!... ¡Dios mío, parece un sueño! ¡Una resurrección!... ¡No lo creí yo... no creí que os iba a ver!... *(Se conmueve profundamente y llora. Mientras dice esto todas le acarician.)*

EZEQ. ¡Vamos... vamos... las emociones no son buenas... ya lo sabes... ¿Permiten ustedes? Siéntate y serénate... y a descansar...

TRIN. Dice bien don Ezequiel.

PAU. ¿Estás bien?

ELENA Muy bien. No, si ya estoy muy fuerte. Ya pasó todo. Otra vez la de siempre. *(Entre todos la hacen sentar.)*

CAMILA La de siempre.

ELENA A ver... a ver... *(Mirando a los hombres.)* También mis buenos amigos... don Fabián... Jacinto... *(Se acercan a darle la mano.)* ¡Alberto! ¡Ah! ¡Alberto!... *(Mira como si buscara algo: claro es que busca a Leonardo.)* Ya no hay más... no hay más... *(Con tristeza.)* Ya he saludado a to-

dos, ¿verdad que he saludado a todos?

FABIAN A todos, querida Elena.

ELENA ¿No queda ninguno escondido? *(Mirando a todas artes.)*

JAC. Ninguno. *(Pausa. Elena sigue mirando con tristeza y desaliento alrededor.)*

ALB. (¡Pobrecilla... busca a Leonardo!...) *(Todos la observan con curiosidad.)*

TRIN. Vaya, tú vendrás cansada. Ya hemos tenido el gusto de abrazarte y debemos retirarnos.

ELENA De ningún modo. ¿Tan pronto os cansais de mí? ¡No lo consiento!... Todos ustedes se quedan a almorzar conmigo.

FABIAN ¡Por Dios, Elena!

JAC. ¡Pero Elena!...

ELENA ¡No se replica!... Silencio y a obedecer. Estoy muy contenta: me parece que todo ha sido un sueño. Me siento fuerte y animosa. ¿A que tengo mejor cara!... ¿Verdad?

PAU. ¡Sí, hijita!... la cara... pues la cara es buena... ¿sabes?

TRIN. ¡Mucho mejor! ¡Estás mucho mejor!

ELENA ¡Si eso lo conozco yo!... ¡A ver, a ver!... *(Se levanta y se acerca a un espejo.)*

PAU. ¿Adónde vas?

ELENA A verme... No quiero que me engañéis... ¡Ah!... *(Retrocede y se cubre el rostro con las manos.)* ¡No... no!... Todavía no estoy bien. No recuerdo como era... pero no soy aquella... no soy Elena...

CAMILA ¡Por Dios... un poco pálida!... Así estás más interesante.

EZEQ. Esas son niñerías.

ELENA Pues no se hable más. ¡Ea, a reir todos... a hablar unos con otros... como siempre: como antes Estais todos mirándome fijamente, que no parece sino que encontráis algo extraño en mí. ¿Tan cambiada estoy? ¿Tánto os asusto? ¡Pues no es para tanto! ¡Un poco más pálida, un poco más flaca, un poco más débil... y nada más; en ocho

días, la de antes!... ¡Ea, no me miréis, no me miréis, que me dais aprensión!... Sosténgame usted, Alberto, que quiero dar unas vueltas por la sala. *(Todo esto nerviosa, agitada: se coge del brazo de Alberto y pasea; los demás formando grupos hablan entre sí, pero sin perderla de vista.)*

ALB. Con mucho gusto, Elenita.

ELENA ¿Y Leonardo?

ALB. Ya sabe que ha venido usted.

ELENA ¿Y cuándo llega? ¿Cuándo? ¡La verdad!

ALB. Pronto.

ELENA ¡Pronto! ¿Qué quiere decir pronto? ¿El mes que viene? ¿La semana próxima? ¿Mañana? ¿Hoy?... ¡No me atormente usted!

ALB. ¿Pero está usted fuerte para recibir impresiones alegres?

ELENA ¡Viene hoy!...

ALB. Pero ¿no se me va usted a desmayar?...

ELENA ¡Acabe usted! *(Aferrándose al brazo.)*

ALB. ¡Ay, qué fuerza!... ¡Ea!... ¡Ha venido y dentro de diez minutos está aquí!...

ELENA ¡Dios mío!... *(Todos acuden a ella.)*

PAU. ¿Qué tienes?...

CAMILA ¿Estás mala?

EZEQ. ¡Hija!

ELENA ¡Déjenme!... Déjenme!... ¡Qué he de estar mala!... ¡Sigamos... sigamos nuestro paseo!... *(Separa a todos con energía entre alegre y enojada, y coge a Alberto.)* ¿Dentro de diez minutos?

ALB. ¡O antes!...

ELENA ¡También es desgracia!... ¡tener que recibirle así... con este hábito!... Qué remedio: es una promesa. Pero se va a asustar Leonardo, creyendo que estoy muy enferma: por eso lo decía. *(Sonriendo.)* ¿Cómo me encuentra usted, la verdad; se asustará mucho Leonardo al verme?

ALB. ¿Cree usted que Leonardo va a reparar en esas cosas?

ELENA *(Pensativa.)* ¡Leonardo es artista!... ¡ama la belleza!... ¡le repugna lo feo!... ¡El no lo puede remediar!...

ALB. ¡Por Dios, Elena!... Leonardo le ama a usted con el alma.

ELENA ¡Don Ezequiel dice que no... que no... que no! Alberto... *(En voz baja.)* Voy odiando a don Ezequiel... puede ser que sean cosas y manías de la enfermedad. ¡Vaya... vaya... no quiero pensar en él! En Leonardo... en Leonardo... ¡Cuánto deseo verle!... pero ahora no sé por qué tengo miedo. ¿Por qué me miraban todos con tanto ahinco? ¿Estoy muy cambiada?... ¡No me engañe usted!... ¡Yo, como me veo todos los días... no lo conozco!...

ALB. ¡Qué cosas se le ocurren a usted, Elena!

ELENA *(Le mira fijamente.)* ¡No es usted franco! ¡Ah, pues yo lo sabré!... venga usted conmigo.

ALB. ¿Adónde me lleva usted, Elenita? *(Riendo.)*

ELENA A ver mi busto... el que hizo Leonardo... Allí está... Y voy a preguntarle cómo me encuentra. ¡El no me ocultará la verdad!... ¡Es mármol; no sufre! ¡Es mármol; no miente! ¡Es mármol; él me dirá: «Esto fúiste...» ¡El y yo mirándonos!... ¡Después los dos en el espejo!... ¡Y a comparar!... ¡Venga usted!... ¡venga!... ¡aprisa!... *(Llevándole.)* ¡No... quieto!... *(Cambiando de idea.)* ¡Yo sola!... ¡sola!... ¡la piedra y yo!... ¡los dos!... ¡y a ver qué dice!... ¿Qué más da? Mi cara y una piedra... al fin y al cabo se han de estar mirando por toda una eternidad. *(Entran en el gabinete.)*

ESCENA VI

PAULINA, CAMILA, TRINIDAD, DON EZEQUIEL, DON FABIAN, JACINTO y ALBERTO. Todos se acercan y rodean a Alberto.

EZEQ. ¿Qué tiene?...

PAU. ¿Qué dice?...

CAMILA ¿Se sintió indispuesta?

ALB. Le dije que de un momento a otro iba a venir Leonardo... y por eso...

EZEQ. ¿Va a venir?

ALB. Sí, señor.

EZEQ. Ya.

ELENA *(Dentro se oye un grito.)* ¡Dios mío!

PAU. ¡Un grito!...

CAMILA ¡Ella gritó!...

TRIN. ¡Vamos a ver si le ocurre algo!

ALB. ¡Sí... vayan por Dios! *(Con cierta alarma.)* ¿Saben a lo que fué? ¡A ver el busto!

JAC. ¡Ah, Dios mío!...

ALB. ¡Ya vuelve!...

ESCENA VII

PAULINA, CAMILA, TRINIDAD, DON EZEQUIEL, DON FABIAN, JACINTO, ALBERTO y ELENA. Elena sale como crea la actriz que debe salir, después de mirar el busto y convencerse que perdió toda su hermosura.

ELENA (¡Me dijo la verdad!... ¡Ya lo sé!) *(En voz baja a Alberto. Pasa lentamente entre todas y va a caer en el sofá. Todos la rodean cariñosos.)* Don Ezequiel, ¡aunque el rostro sea feo, el alma puede ser hermosa! ¿no es verdad? Dígame, dígame esas cosas que suele decirme. Hay que resignarse, hijitas. Vosotras no tenéis que resignaros, ¡sois siempre lindísimas! *(Acariciándolas y procurando estar alegre.)* ¡Ah, estoy rodeada de hermosuras!... ¡un coro de ángeles! *(Don Ezequiel también se acerca, la coge la mano y la acaricia.)*

FABIAN *(Aparte a Jacinto.)* Pues me parece que no se resigna.

JAC. *(Aparte a don Fabián.)* Y menos, cuando vea a Leonardo... y Leonardo la vea a ella.

TRIN. Lo que debías hacer es descansar.

ELENA Creo que tienes razón. Pero marcharos... no. Eso no. Almorzamos juntos. Ahora me dejáis sola media hora... y me basta. Id... id... al jardín... al invernadero, a mis habitaciones, adonde os agrade.

PAU. Como tú quieras.

ELENA Y ustedes *(A los caballeros.)* acompañen a estas señoras.

FABIAN Obedecemos...

ALB. (¡Pobre criatura!) *(Salen todos en grupos.)*

ESCENA VIII

ELENA y DON EZEQUIEL

ELENA *(Reparando en don Ezequiel.)* Usted también.

EZEQ. ¿Estás enojada conmigo?

ELENA ¿Yo?... ¿Por qué? Al contrario, ¡agradecida! ¡Qué mejor enfermero!

EZEQ. ¿Entonces?

ELENA ¡Quiero estar sola! *(Con dureza.)* Va a venir Leonardo... y quiero estar sola.

EZEQ. ¿Todavía?

ELENA Siempre.

EZEQ. ¿Hasta que llegue el desengaño?

ELENA ¿Qué desengaño?

EZEQ. El que preseintes.

ELENA Si llega... acudiré à usted.

EZEQ. Pues te espero.

ELENA Sí... pero allá. *(Le mira don Ezequiel y sale lentamente.)*

ESCENA IX

ELENA, después LEONARDO

ELENA ¡Va a llegar!... ¡Cuánto lo deseaba!... ¡Y cuánto lo temo!... El es bueno... y en todo caso fingirá... pero yo lo adivinaré. ¡Hay mucha luz en esta sala... la luz me da miedo! Entornaré un poco la ventana. ¡Y por dentro, soy la de siempre: el mismo amor, la misma ternura, el mismo corazón! ¡Es ridículo que me preocupen estas cosas! ¡Qué ridículos somos todos!... ¡Ah!... ¡Alguien viene!... ¡Será él!... *(Pausa. Se pone en pie y da unos pasos: después se apoya en la pared, en un mueble, en el quicio de la puerta, donde más convenga.)* Sí... él... él... ¡Dios mío! *(Queda en pie, encogida, arrinconada y temerosa.)*

LEONAR. ¡Al fin! Dicen que en esta sala... Pues no hay nadie... *(Mirando alrededor.)* ¡Elena! ¡Mi Elena!... ¡Voy a verla!... ¡Ah! *(Reparando en Elena.)* Dispense usted... Me hicieron pasar... asegurando que estaba aquí Elena... (¿Quién será) Pues con el permiso de usted... *(Dirigiéndose a las habitaciones de Elena.)* (¡Qué mujer tan extraña! ¡No pronuncia una palabra!) *(Ya está de espaldas a ella.)*

ELENA *(Con voz ahogada por el llanto.)* ¡Leonardo!

LEONAR. ¿Quién me llama? *(Volviéndose rápidamente.)*

ELENA ¡Leonardo! *(Rompe a llorar y se oculta el rostro entre las manos.)*

LEONAR. *(Acercándose a ella.)* ¡Esa voz! ¿Quién es usted?... ¿Quién eres?... ¿Quién eres?...

ELENA ¡Leonardo!... *(Abriendo los brazos.)*

LEONAR. ¡Elena!... *(Cae llorando en los brazos de Leonardo, que la estrecha apasionadamente contra su pecho.)* ¡Elena!... ¡Mi Elena de mi vida!

ELENA ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Al fin!... ¡Me parece mentira!

LEONAR. ¡Al fin, sí; al fin! ¡Al fin te tengo bien sujeta contra mi corazón!

ELENA ¡Creí no verte más!

LEONAR. ¡Pero si yo no te he visto todavía! *(Procura verla, ella, con mimo y coquetería, oculta el rostro. Desde que se echó en brazos de Leonardo, ha tenido el rostro constantemente oculto contra el pecho de él.)*

ELENA No... verme no... me vas a encontrar fea... no vas a quererme... *(Entre risa, llanto y mimo.)*

LEONAR. ¡Con que muy fea!... ¡Vamos!... quiero... quiero verte...

ELENA He cambiado mucho... estoy muy desmejorada... no me conocerás... ¡Toma, como que no me has conocido!...

LEONAR. ¡Como que has puesto la sala casi a oscuras! ¡Ahora verás! ¡Ahora!... *(Corre al*

balcón y lo abre.) ¡Ahora verás si te conozco!

ELENA No... eso no... ¡Tanta luz, no!... ¡Es mucha!... ¡Es mucha!...

LEONAR. ¡Para ti... para mi Elena, no es bastante!... ¡A toda luz!.. ¡A toda luz!... *(Le separa las manos y la mira de frente.)* ¡Si hace mucho tiempo que estoy a ciegas! ¡Elena! ¡Elena! *(Estos dos gritos los da después de verla y tienen distinta entonación. El primero es de pasión delirante, el segundo de sorpresa, de dolor.)* ¡Mi Elena de mi vida!... ¡Cuánto has sufrido! *(La abraza otra vez y otra vez oculta ella el rostro.)*

ELENA ¡Sí... he sufrido mucho!... ¡Creí perderte! Todavía no he recobrado mis fuerzas...

LEONAR. ¡Ven, ven conmigo, pobrecilla! ¡Siéntate a mi lado!. . ¡Ya nunca te separarás de mí!...

ELENA ¡Nnca! ¿Verdad que no?

LEONAR. ¡Nunca, alma de mi alma! *(Desde aquí él está muy cariñoso, pero no hace más que parafrasear lo que ella dice: ha perdido espontaneidad.)*

ELENA ¿Y me quieres como siempre?... ¿Como siempre?

LEONAR. ¡Más todavía! ¡Más!...

ELENA Hay que compensar lo que nos han hecho sufrir queriéndonos más que antes.

LEONAR. ¡Es verdad! Hay que ganar el tiempo perdido! ¡¡Ya lo creo!...

ELENA En cuanto pude te escribí... ¿sabes?...

LEONAR. ¡Y qué consuelo me dió tu primera carta! ¡Todas, pero la primera! Yo te contesté en seguida.

ELENA ¡Qué gracia!.. ¿Y de eso haces un mérito?

LEONAR. ¡Siempre dudando de mi cariño!... ¡En eso no has cambiado!... *(Lo dice sin intención, por ligereza.)*

ELENA ¿Pues en qué he cambiado? ¿En qué?

LEONAR. ¡En nada! ¡Eres tan buena como siempre! ¡Tan cariñosa como siempre! ¡Un ángel! ¡Mi Elena!

ELENA ¿Nada más? Buena, cariñosa, ángel... *(Riendo con amargura.)* ¿Hermosa, ya no?

LEONAR. ¡Para mí, siempre divina!... ¡Hay muchas clases de hermosura y de belleza!

ELENA ¿Y qué más? ¡Sigue!

LEONAR. ¡Si no sé qué decirte! ¡Si no encuentro palabras! ¡Es tanta mi alegría! *(En toda esta escena ya hemos dicho que hay algo de forzado; a pesar suyo no encuentra nada espontáneo.)*

ELENA Antes siempre encontrabas algo que decirme... *(En voz baja.)* ¿Me has perdido el cariño, Leonardo?... Sí... sí... lo conozco... me vas a perder el cariño!... *(Casi llorando.)*

LEONAR. ¿Yo?... ¡Querer menos a mi Elena!... *(Se va irritando cada vez más consigo mismo.)* Si fuera capaz de quererte menos, me despreciaría, me odiaría, me repugnaría a mí mismo. ¡Don Ezequiel llevaba entonces razón! ¡Tenerte en mis brazos y no estremecerse de gozo todas mis fibras! ¡Si crees que te quiero menos, llama, llama a don Ezequiel para que me arroje de aquí! ¡a la calle!... ¡que me eche ese hombre a la calle!... *(Dice esto con extraordinaria energía, casi con desesperación, vagamente comprende que su amor ha palidecido y se indigna consigo mismo. En todo esto hay sinceridad.)*

ELENA ¿Ves tú? ¿ves tú? ¡Ahora no me da miedo mirarte! ¡Mírame tú! ¡mírame tú también! ¡Soy tu Elena!... El corazón que ahora late... es el que latía! La voz conque te digo que te quiero es la que te lo ha dicho tantas veces. ¿No te suena lo mismo?

LEONAR. ¡Lo mismo! Tu voz es la misma.

ELENA ¡Y el corazón también! ¿Te has olvidado del corazón?

LEONAR. ¡También!

ELENA Los ojos... los ojos, no... ya no tienen el brillo de antes... pero sirven para verte lo mismo que antes! Yo te veo lo mismo, ¡con-

que no estarán tan cambiados! *(Con mimo y ternura.)*

LEONAR. ¡Sí... si tú eres siempre hermosa!... ¡siempre mi Elena! *(Lo dice sin convicción.)* Después de todo, ¡qué importa la hermosura!

ELENA Antes te importaba.

LEONAR. ¡El sufrimiento tiene su hermosura también! ¡Y tú has sufrido mucho! ¡Pero por Dios, Elena, no hablemos de esto! ¡Es humillar nuestro cariño! ¡Eres, como eres! ¡Y como eres te quiero! ¡Fanal cristalino o fanal empañado en tu cuerpo, dentro del cual hay un alma que yo adoro! ¡venga tu luz! ¡que tu luz es la que quieren mis ojos!

ELENA Si piensas todo eso que dices, ¡qué feliz soy! ¡más feliz que antes!

LEONAR. ¿Si lo pienso? ¡Otra vez la duda! ¡Eso es lo que me desespera! ¡Y no me extraña! Todo eso es obra de don Ezequiel. Le conozco. Me lo anunció. ¡Miserable! ¡Miserable!

ELENA ¿Pero qué dices?

LEONAR. ¡Que adivino su trama, sus proyectos, su astucia... y que le castigaré!... *(Se pasea iracundo y amenazador.)* ¡Le castigaré como hay Dios!

ELENA ¿Qué trama es esa?...

LEONAR. ¡Aprovechó mi ausencia!

ELENA ¿Para qué y por qué?

LEONAR. ¿Para qué?... ¡Para empañar tu belleza! ¿Por qué? ¡Porque me odiaba; porque odiaba tu hermosura, y dijo: «¡a destruirla!» ¡Villano!

ELENA ¿A destruirla? ¡De modo que ya nada queda! *(Aterrada.)*

LEONAR. Es decir... que quiso... quiso destruirla... pero no pudo... ¡claro es que no pudo!...

ELENA ¡Sí pudo!... ¡Ya lo sabía yo y tú también lo sabes! A mí no me importa por mí. Ni yo era hermosa ni yo tenía vanidad. ¡Pero me importa por ti!... ¡Tú tenías esa ilusión... y ya no la tienes!

LEONAR. No digas eso, porque me enloqueces. No

digas que he perdido mi ilusión porque no sabes de lo que soy capaz. No. Si ese hombre no puede quedar impune. ¡Ya eres mía! ¡Pues ahora le toca a él! Descansa... descansa tranquila... ¡Pronto nos uniremos para siempre! Pero antes... antes yo necesito tener a ese hombre a mi alcance... verás... verás... *(Se dirige frenéticamente al timbre y le toca.)*

ELENA ¿Qué vas a hacer?

LEONAR. Hacer que venga. *(Se presenta un criado.)* Al señor don Ezequiel... que venga al instante: le llama la señorita. *(Sale el criado.)*

ELENA ¡Cálmate! ¡cálmate por Dios!

LEONAR. ¡Más calma no es posible! Mira, yo creo que tanto gozo como he tenido en verte... voy a tener al ver a ese hombre. Ahora va a pagar lo que te ha hecho sufrir.

ELENA ¡Pero si él no me ha hecho sufrir! ¡Pero si ha sido la casualidad!

LEONAR. ¡Ya me lo dijo!... ¡La casualidad! ¡Qué inocente eres!... ¡Ya lo sabía él!

ELENA No, Leonardo... no es capaz...

LEONAR. Pues del mal que ha caído sobre ti, alguno es responsable. ¡Dios escogerá el que sea!... ¡Para mí él... él es el responsable! ¡Y yo necesito uno... conque él!

ESCENA X

ELENA, LEONARDO EZEQUIEL

ELENA ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... *(Cae en un sofá.)*

EZEQ. ¿Me llamabas, Elena?

LEONAR. No; ella, no. Fuí yo.

EZEQ. Dijeron que Elena.

LEONAR. Mandé yo que lo dijeran, porque temí que sabiendo usted que era yo el que llamaba... no viniese usted.

EZEQ. Era posible.

LEONAR. Era seguro. ¡Por miedo!

EZEQ. ¿Yo? ¿A usted? Me parece que no.

LEONAR. ¡Ah! ¿No me tiene usted miedo? ¡Tanto mejor!

EZEQ. Así es.

LEONAR. Y debe ser. Es usted todavía joven... casi joven... En fin, no es usted un anciano. Es usted fuerte. No debe ser usted cobarde... todo lo que yo apetezco en usted.

EZEQ. Le agradezco las buenas cualidades que me atribuye.

LEONAR. Ahora voy con las malas.

EZEQ. ¡Oh, tengo muchas!

LEONAR. Pero se compendian en una sola. ¡Es usted un miserable!

ELENA ¡Leonardo!... ¡Por Dios, Leonardo!...

LEONAR. Déjame. Ya ves que está impasible, se le puede decir impunemente todo... todo...

EZEQ. Ciertas personas, sí.

LEONAR. ¿Yo, por ejemplo?

EZEQ. Usted.

ELENA ¡Don Ezequiel!... ¡Usted también!...

LEONAR. Déjale. Señor don Ezequiel, ¿usted se da cuenta perfecta de lo que ha hecho?

EZEQ. ¿Qué hice?

LEONAR. Usted cuidaba de Elena. Era usted como su padre. Respondía usted ante Dios y respondía usted ante mí de esta niña, porque con ser una mujer era una niña, y como niña tímida le obedecía a usted. Usted amparaba su cuerpo y amparaba su alma. ¡Su cuerpo y su alma! ¡Entiéndalo bien!... Pues con todo eso ha sido usted traidor, y cobarde y villano con esa criatura... ¿Qué ha hecho usted de aquella Elena?

EZEQ. ¡Ahí está! Su alma más pura que antes, porque purifica el sufrimiento, y más si es por una causa santa. Su cuerpo... ¡Ah! ¡Su cuerpo!... A usted, que tanto la quiere, ¿qué le importa la belleza del cuerpo? Su cuerpo ahí está también... convaleciente... y pronto estará sano. La he salvado y la traigo para entregársela a usted, como esposo. Ya no me opongo. ¿Por qué se enoja usted? *(Leonardo queda aterrado: no*

puede contestar. Elena le mira y va hacia él.)

LEONAR. ¡Tiene la astucia de los malvados! ¡Pero todas esas astucias son maldades! ¡Mi corazón es muy leal, y me dice que son maldades!

EZEQ. El corazón de Elena dirá lo contrario.

LEONAR. *(Retrocediendo en su argumento.)* Lo que fué, ha sido: no hablemos de ello. Pero, ¿y la intención?.. ¿Y si hubiera muerto?

EZEQ. ¡No ha muerto! ¡Yo la cuidaba bien, y Dios no podía abandonar a esta criatura!

LEONAR. En malicia traidora, en astucia refinadísima, en argumentación de mala fe... me vence usted, lo reconozco. Dice usted cosas a las cuales no puedo contestar, lo confieso, ¡no sé contestar... me aprisiona usted en un torniquete!; pero, a pesar de todo, yo... seré un loco, un pobre hombre, pero soy un hombre honrado, y usted no lo es. En esto es en lo que tenemos que fijarnos, en que es usted villano y villano. En suma, señor mío, no me inspira usted confianza, le creo a usted capaz de todo, y no quiero que quede usted ni un día, ni una hora al lado de Elena.

EZEQ. ¿Me arroja usted de esta casa?

LEONAR. Precisamente.

ELENA ¡Leonardo! ¿Pero qué haces? ¿Le arrojas?

EZEQ. Cuando sea usted su esposo, tendrá usted ese derecho. Todavía no. Hasta entonces no puedo complacerle.

ELENA ¡Leonardo!... ¡Don Ezequiel!... ¿Quieren ustedes matarme de dolor?

LEONAR. ¡No, vida mía!... Perdóname. Pero que ese hombre se marche.

ELENA ¡Leonardo!

LEONAR. ¡Tú no te a treves, pero piensas como yo! ¡Dile que se marche! ¡No le tengas miedo!

EZEQ. Miedo, ¿por qué? Es dueña de sí y de esta casa.

ELENA ¡Don Ezequiel!

EZEQ. Hija mía ,no te apures. Yo sé quererte y sé

perdonarte. Di tu pensamiento con libertad completa, no me ofendes ni me enojas.

LEONAR. ¡Elena, dudas! ¡Entre él y yo dudas! Entonces me sobra la vida.

ELENA ¡No, Leonardo! *(Abrazándose a él.)* ¡Tú primero que todo!

LEONAR. Esta vez vencí yo.

EZEQ. Venció usted. Es natural. Saldré de esta casa. Pero con la frente alta, como debo salir. *(Toca el timbre.)*

ELENA ¿Qué pretende?

LEONAR. No sé. ¿Qué importa?

EZEQ. *(A un criado.)* A esas señoras y a esos caballeros que tengan la bondad de venir.

ELENA ¡Por Dios, don Ezequiel!... Repare usted... Considere usted...

EZEQ. No temas.

LEONAR. No temas.

EZEQ. No puedes quedar sola en esta casa hasta que se verifiquen las bodas. Le hablaré a uno de esos señores... a don Fabián, por ejemplo, o para que venga aquí su esposa o para que te reciban en su casa. Para eso y para despedirme de todos les llamo. Sólo para eso...

ELENA Es muy cruel, muy cruel lo que están ustedes haciendo conmigo.

EZEQ. ¡Yo, Elena!

LEONAR. ¡Yo soy cruel contigo!... ¡Y por él me dices eso! ¡Ah, Elena, eso no es cariño!

ELENA ¡Nunca te enojaste hasta hoy con tu Elena!

LEONAR. ¡Estoy loco, perdóname! ¡Y es por él, y se sonríe!.. ¡Dios mío, Dios mío, dame calma!

ESCENA XI

ELENA, LEONARDO, EZEQUIEL, PAULINA, CAMILA, TRINIDAD, DON FABIÁN, JACINTO, ALBERTO. Entran en distintos grupos.

EZEQ. Dispensen ustedes que les haya molestado, pero me veo obligado a dejar para siempre esta casa... y yo no puedo salir a escondi-

das. Además tengo que decir algo importante a don Fabián, y le rogaría que me acompañase a mi habitación.

PAU. *(A Camila.)* (¿Qué dice?)

TRIN. *(A Alberto.)* (¿Pero qué es esto?) *(Los personajes hablan en voz baja con gran sorpresa, que se traduce en murmullos.)*

FABIAN Estoy a sus órdenes.

EZEQ. ¡Adiós, Elena!

ELENA ¡Don Ezequiel!... ¡No es posible!... *(Sin poder contenerse corre a sus brazos.)* ¡Le debo a usted mucho para que nos separemos de este modo! *(Llorando.)*

LEONAR. ¡Eso no!... ¡Bien comprenden ustedes o adivinan la situación, y que la excesiva generosidad de Elena no le permite decir lo que todos ustedes saben!

EZEQ. De cualquier modo que sea, yo no la acuso de ingratitud.

LEONAR. ¡Usted acusar! *(A Ezequiel.)* ¡Y a ella... a ella!... ¡Yo procuro contenerme, pero mi prudencia tiene un límite!... *(Dirigiéndose a todos.)* Sale de esta casa ese hombre... ¡no por Elena, que es capaz de sentir todavía cariño por él!... Sale de esta casa por mí: porque lo he exigido, porque lo exijo. Porque no quiero que esté al lado de Elena quien es capaz de sacrificarla como la ha sacrificado miserablemente. En suma, ¡sépanlo todos, yo le echo! Y si esto es insulto, señor don Ezequiel, si esto es afrenta, sépalo; de los arrebatos de mi palabra «responde» mi persona.

ELENA ¡Calla por Dios, calla por Dios, Leonardo! *(Yendo hacia él y conteniéndolo.)*

EZEQ. De los arrebatos de su palabra es usted irresponsable. Adiós, Elena. Cuando me necesites, me llamas. ¡Dios quiera que no me llames pronto! *(Salen don Ezequiel y don Fabián.)*

ELENA Leonardo, ¡qué pena tan grande!

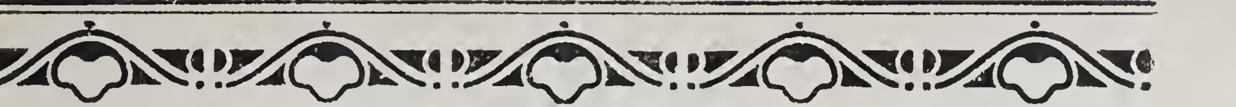
LEONAR. ¿Por quién? ¿Por él? ¿Por mí?

ELENA ¡Por él... por ti!... ¡Dios mío, por mí tam-

bién! *(Se echa a llorar en los brazos de Leonardo.)*

LEONAR. ¡Ah... que se va ese hombre, pero que su espíritu maldito aquí se queda! Fuera, fuera de ti, ¡el hombre negro! *(Agitando frenético las manos delante de la frente de Elena. Todos rodean a Elena, consolándola.)*

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, UNA DONCELLA

ALB. ¿De modo que están la señorita Paulina y la señorita Camila?

DONC. Sí, señor. Están con la señora de don Fabián y con la señorita Elena.

ALB. ¿Y nadie más?

DONC. Por ahora nadie más.

ALB. Pues va usted a hacerme un favor. Yo sé que es usted muy discreta...

DONC. Señorito...

ALB. Bueno. Pues entra usted... con cualquier pretexto... y en voz baja les dice usted a la señorita Paulina y a la señorita Camila, que tengan la bondad de venir a esta sala, porque he de hablar con ellas dos palabras sobre un asunto de gran interés.

DONC Con mucho gusto. *(Va a salir.)*

ALB. Pero oiga usted. Que no se enteren ni la señora de don Fabián, ni la señorita Elena. ¿Comprende usted?

DONC. Sí, señor; pierda usted cuidado. Y hasta puede ser, que las dos señoritas se hayan marchado al invernadero... querían coger no sé qué flores...

ALB. Tanto mejor. ¡Ea! Pues prontito.

DONC. Al momento y mande usted. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA II

ALBERTO, después PAULINA y CAMILA

ALB. Paulina y Camila son muy buenas y muy expansivas, y me dirán todo lo que yo deseo saber. Muy simpáticas... y muy cariñosas con Elena... y se interesan mucho por Leonardo. Ya están aquí: ¡qué pronto acudieron al reclamo! *(Entran muy apresuradas.)*

PAU. ¡Hola, Alberto!...

CAMILA Buenos días, Alberto.

PAU. Nos dijo la chica, con mucho misterio, que deseaba usted hablarnos a las dos. Pero en seguida.

ALB. Y dijo bien. A las dos: a Paulina y a Camila.

PAU. ¡Ves tú, mujer! ¡Qué bromista!

CAMILA Eso es... alguna broma.

ALB. Al contrario: cosas muy serias. De mucha gravedad.

CAMILA ¡Sí!

PAU. A ver... a ver.

ALB. Pues vengan aquí... conmigo. *(Las lleva al sofá y se sienta entre las dos.)* Conferencia reservadísima. Los tres... y nadie más en el secreto.

PAU. Pues empiece.

ALB. Ustedes se pasan aquí casi todo el día y estarán enteradas de todo... de todo... ¿comprenden ustedes?

PAU. Ya lo creo. Desde que se marchó don Ezequiel, es decir, desde que le echaron... hace un mes... ¿no es eso?... *(A Camila.)*

CAMILA Poco más de un mes.

ALB. Adelante.

PAU. Pues desde entonces, venimos las dos todos los días; muchos, almorzamos con Elena, otros comemos con Elena y Leonardo... vamos, que no parece sino que nos hemos venido a vivir con ella.

CAMILA ¿Qué quiere usted, Alberto? Hay que acompañar a la pobrecita Elena; ¡está tan triste!

PAU. ¡Cómo ha de estar!... ¡Su compañía cons-

tante es doña Gertrudis, la señora de don Fabián... ya sabe usted...

ALB. Sí... ya sé que vino a vivir con Elena hasta el día de la boda.

PAU. Justo; pero la pobre señora... es muy buena, de mucho respeto... pero, hijo, más indigesta que don Fabián, ¡conque figúrese usted... cómo estará Elena!

CAMILA Leonardo... viene... sí... por la mañana y por la noche. . pero no puede estar constantemente; y como doña Gertrudis no se separa de Elena, el pobre Leonardo se aburre mortalmente. Y Elena cada vez más triste.

PAU. Si no fuera por nosotras, ¡se morían los novios!... ¡se morían!... Pero, oiga; usted nos llamó para decirnos algo y hasta ahora nosotras somos las que lo decimos todo.

ALB. Por eso no puedo yo decir nada; porque ustedes lo dicen todo.

PAU. Pues ya... ni una palabra.

CAMILA Ni una.

ALB. Amigas mías, empecemos por el principio: esa boda, ¿cuándo se hace? ¿ustedes qué saben? ¿qué han oído?

PAU. ¡Toma!... usted, que es el amigo íntimo de Leonardo, lo sabrá mejor que nosotras.

ALB. Es que Leonardo no lo sabe. Y esto es lo triste. En confianza... ¿eh?... ¡Leonardo se vuelve loco!... ¡ustedes no saben cómo está!... ¡me da miedo!

PAU. ¿Que no lo sabe?

CAMILA ¿Y le manda él a usted a que nos lo pregunte a nosotras?

ALB. No; yo, sin decir nada a Leonardo, he venido... por mi cuenta... para averiguar lo que hay aquí. . ¡porque hay algo!... ¡algo muy grave! Se conspira contra Leonardo y contra Elena... se les separa... ¡se les quiere separar! ¡Es una infamia!... Y esto lo digo en serio.

PAU. Pues, sí, señor; ¡hay algo!... ¡se conspira!... ¡y es una infamia!... ¡estoy con usted!

CAMILA Esta y yo nos lo hemos dicho muchas veces: hay empeño en que no se casen.

ALB. Vamos a ver; indicios.

CAMILA Que don Fabián y doña Gertrudis y don Ezequiel, van a una.

PAU. Se han colocado con mala intención entre Elena y Leonardo... ¡y a separarlos!

CAMILA Otro indicio: que no hay modo de que Elena fije el día de la boda.

ALB. Eso lo sé. Cuando Leonardo se lo pregunta, ella elude la respuesta.

PAU. Más indicios: muchas veces la he sorprendido en su cuarto llorando.

CAMILA Pero lo que yo voy a decir es aún más. Anoche, cuando se marchaba Leonardo, después de hablar un rato con Elena, le seguí callandito, porque le vi tan pálido, que temí que le diese algo... y bien, al llegar a esta sala se apretó la cabeza con los puños cerrados... y yo juraría que sollozaba muy bajito. ¡Qué pena me dió!

PAU. Pues es más lo que voy a decirles a ustedes, y esto no te lo he dicho a ti todavía. *(Se acercan a ella con curiosidad.)* Don Ezequiel y Elena se escriben... Don Fabián facilita o acaso estimula esta correspondencia misteriosa... Lo sé, porque lo sé.

ALB. ¡Ah, lo temía! ¡Y lo temía Leonardo! ¡Si Leonardo le encuentra!... ¡Dios quiera que no se encuentren!

PAU. Calle usted, que viene Elena.

ALB. Luego seguiremos.

ESCENA III

PAULINA, CAMILA, ALBERTO, ELENA

ELENA *(Entra como distraída, la cabeza caída sobre el pecho; anda maquinalmente.)* Sí... hoy mismo... es preciso... ¿a qué prolongar la agonía?... Lo que haya de ser, que sea. Ni él ni yo podemos resistir más. ¡Ah! *(Reparando en los demás.)* ¿Estábais aquí? Felices, Alberto.

ALB. Siempre suyo, Elena.
ELENA Lo sé. Es usted un buen amigo.
ALB. Venía usted pensativa.
ELENA ¿Pensativa?... No. Como siempre.
PAU. Yo sé en lo que pensaba. *(Con malicia.)*
CAMILA Y yo también. ¡Vaya una gracia adivinarlo!
ELENA Siempre diréis alguna locura.
PAU. ¿Lo digo?... ¿No te enfadarás? ¿No seré indiscreta?
ALB. Dígalo usted.
PAU. Estaba pensando en fijar el día de la boda. ¿Era eso?
CAMILA Eso era, mujer. *(A Paulina.)* Pero ella no ha de confesarlo.
ALB. ¡Qué alegría para Leonardo si fuese verdad!
ELENA ¿Cree usted que se alegraría mucho?
ALB. ¡Qué pregunta! ¡Si hubiese oído esa pregunta sí que le hubiese dado pena!
ELENA ¿Por qué?
ALB. Por eso; porque no se decide usted a fijar el día solemne, está el pobre... como está.
ELENA ¿Está muy triste?... Sí, lo estará. Lo creo.
PAU. Oye, Elenita, estamos enfadadas contigo las dos, y Alberto también; ¡ca!, los tres.
ELENA ¿Conmigo? ¿Por qué razón?
PAU. Enójate conmigo si quieres; llámame imprudente, entrometida, indiscreta... todo lo que te apetezca. Estábamos enfadados porque eres ingrata y cruel. ¡Muy cruel!
ELENA ¿Yo?
PAU. No finjas, porque además de todo eso vas a ser hipócrita. Sí y sí... muy ingrata y muy cruel con el pobre Leonardo.
CAMILA Lo mismo digo.
ALB. Yo no lo digo... por respeto.
PAU. No le quieres a Leonardo como él te quiere.
ELENA ¿Que yo no le quiero?...
CAMILA No, señora, no. Tiene razón Paulina.
ALB. Y no merece su desvío de usted. Se lo juro a usted formalmente, como hombre de honor.
PAU. Y formalmente lo decimos nosotras. *(Ele-*

na les ha estado mirando con fijeza y angustia mal contenida. Al fin empieza a contestar con emoción profunda, y cada vez se enardece más.)

ELENA ¡Que yo no le quiero!... ¡Que él me quiere más!... ¡Yo no debía decir estas cosas!... Pero, ¡qué importa!, sois para mí como dos hermanas, y usted, Alberto, un amigo de corazón. Y yo necesito alguna vez oir mi propio pensamiento en voz alta. ¡Esto de hablarme a mí misma sin palabra días y días, noches y noches, es un tormento intolerable! No... no tenéis razón. Le quiero... le quiero más que nunca. Todo lo que una criatura humana puede querer. Yo no sé... los ángeles podrán querer más, pero mujeres, mujeres que tengan un corazón, no hay ninguna que quiera como yo quiero.

PAU. ¡Ay, que alegría si Leonardo te oyese!

CAMILA ¡Se volvería loco!

PAU. Este puede decírselo. *(Por Alberto.)* Apréndalo usted bien.

ALB. Yo...

ELENA ¡No, por Dios!...¡Se lo prohibo!... ¡Se lo ruego!... Entonces ya no seré franca con ustedes.

ALB. Elena... yo la obedeceré a usted. *(Tristemente.)* Por algo no querrá usted que se lo diga, pero no sé por qué.

ELENA Porque no. En fin.... yo tengo mis razones. Yo quiero que Leonardo viva en calma... tranquilo... sin remordimientos.

PAU. ¡Ay, qué cosas tan raras dices! ¡Remordimientos porque a uno le quieren mucho!... ¡Eso no se ha visto nunca!

CAMILA ¿Ello es que le quieres más que antes?

PAU. Mucho más. Antes con calma... ahora casi con desesperación.

PAU. ¿Otro acertijo?

ELENA No es acertijo, como tú dices. Es resultado natural... de las circunstancias. Antes, como todos me decían que era linda, y más que nadie Leonardo, y como el lujo me ayudaba, y el espejo era adulador, y yo

era casi una niña... casi lo creía. Y mi atención y mis alegrías se dividían entre el cariño a Leonardo y cierto cariño egoísta y vanidoso hacia mi persona. Pero ahora... mis vanidades, mi hermosura, si la tuve... todo eso murió. ¡Leonardo se quedó sin rival! Hoy no hay para mí en la tierra ni más cariño, ni más ilusión, ni más pensamiento que Leonardo. Si no me queda más que él, ¡cómo no he de aferrarme desesperada a mi única esperanza! Para él mi cuerpo dolorido, mi cara pálida y marchita, todos estos restos tristes de una mujer; pero toda el alma, ¡esa, lo que es esa quedó entera! y ni lleva palideces, ni lleva manchas, ni con ella pudo el estúpido contagio.

PAU. ¡Ay, qué buena eres!

CAMILA ¡Eso es querer!

ALB. ¡Ah, si Leonardo oyese todo eso que usted dice!

ELENA ¡Acaso fuera para él un tormento! ¡Pero no debe oirlo, no!... A ver... a ver... *(Se acerca a la izquierda, levanta una cortina y mira al interior de la habitación.)*

CAMILA ¿Qué haces?... ¿Que mirabas?... *(Ya ha dejado caer el cortinaje.)*

ELENA Si por casualidad había venido. Pero no; no hay nadie. En ese gabinete se pasa muchas horas. *(Sonriendo tristemente.)* Ha trasladado ahí mi bustó... aquel... de otros tiempos... y ha improvisado una especie de taller... o de estudio. Se empeña el pobre en que el busto todavía se parece a mí; que con dos o tres golpes de cincel... hemos de resultar iguales... y a pesar de todo no se atreve a tocarlo. Le sorprendo casi siempre... mirando... y mirando al mármol... con los ojos llenos de lágrimas... *(Con nueva excitación.)* No, ¡imposible!... el golpe ha sido triste para mí; para Leonardo .. para su cariño... ha sido mortal... Nada, valor... ¡es forzoso concluir!

ALB. ¡Por Dios, Elena!...

PAU. Silencio... me parece que viene don Fabián.

CAMILA ¡Qué oportuno es el hombre!
ALB. Como siempre.

ESCENA IV

ELENA, PAULINA, CAMILA, ALBERTO, DON FABIAN

FABIAN Paulina... Camila... ya les saludé antes.
PAU. Sí, señor.
FABIAN A mi buen amigo Alberto no le había saludado.
ALB. *(Se dan la mano.)* No, señor.
FABIAN *(Se acerca a Elena y le habla en voz baja y con misterio.)* Ahí está don Ezequiel. Como le mandó usted venir...
ELENA Es cierto. Pero no haga usted misterio de lo que es cosa muy natural. Me decía que me espera don Ezequiel. Yo le hice venir.
ALB. Elena... lo siento por Leonardo.
PAU. Después de lo que pasó... si Leonardo llegase...
ELENA ¡Qué importa!... Ha de saberlo hoy mismo... yo he de decírselo... y ha de verle... Don Fabián... sería usted tan bueno...
FABIAN Con mucho gusto... en aquel salón esperaba. *(Sale un momento a buscar a don Ezequiel.)*
ALB. Nada tengo que decir... pero preveo...
ELENA Algo muy triste... yo también.
ALB. Adiós.
ELENA Adiós, Alberto. Siempre será usted mi amigo.
ALB. Siempre. *(Se dirige al fondo.)*
PAU. Pues te dejamos con don Ezequiel. Don Fabián nos aburre; pero don Ezequiel nos da miedo.
ELENA ¡Pobre hombre! *(Paulina y Camila se unen a Alberto.)*
PAU. ¿Se lo va usted a contar todo a Leonardo?
ALB. No sé... Voy a esperarle... para detenerle si viene... *(Salen Alberto, Paulina y Camila y entra don Ezequiel; se cruzan en la puerta y se saludan.)*

ESCENA V

ELENA, DON EZEQUIEL

EZEQ. Me mandaste venir y aquí estoy.

ELENA Gracias. Siempre es usted muy bueno conmigo.

EZEQ. Procuro serlo.

ELENA Esta será la última vez que le moleste.

EZEQ. ¿Por qué la última vez?

ELENA Porque es preciso concluir, y quiero concluir hoy. Porque este tormento no se puede prolongar.

EZEQ. ¿Sufres mucho?

ELENA Mucho; pero lo que yo sufra importa poco. Lo que no quiero es que sufra más Leonardo.

EZEQ. ¿Siempre pensando en él?

ELENA ¡Siempre! ¡En él siempre!

EZEQ. Entonces, ¿a qué he venido?

ELENA Acaso a conseguir lo que usted desea. A que mi boda con Leonardo se acabe. A que yo deje esta casa en compañía de usted. A que me hunda en donde encuentre mucha sombra y mucho silencio...

EZEQ. ¡Y mucha paz!...

ELENA No; para mí, no. ¡Desesperación eterna!

EZEQ. Entonces aquí te quedas.

ELENA No; bien pensado, no puede ser. Leonardo ama todo lo que es noble, todo lo que es puro, todo lo que es hermoso. ¡Porque la hermosura es una forma del bien! ¡Sólo espíritus ruines y feos no aman lo hermoso! ¡Y Leonardo me quiere; pero no puede amarme! ¡Yo me miro al espejo y no siento amor, ni siquiera simpatía hacia mí; siento repugnancia! ¡Por qué le he de pedir a Leonardo lo imposible!

EZEQ. ¡Vanidad siempre! Consumarás el mayor de los sacrificios y no lo consumarás con pureza de alma, sino revolcándote en miseria humana. En suma, ¿qué decides?

ELENA Leonardo lucha desesperadamente...

EZEQ. Sí... ya lo sé... siente impulsos de huir de ti... comprende que es una mala acción y se detiene «por lástima».

ELENA No, tampoco es eso. Si dijo usted, «¡ por lástima !» para herir mi orgullo, se equivocó usted; ni sentí el golpe, ni encuentro la herida. ¡ Leonardo no vacila, ni ha vacilado nunca ! Si yo digo: «Mañana nuestras bodas», mañana serán. Leonardo se desespera porque busca «aquel primer amor» y no lo encuentra... ¡ ni lo puede encontrar ! ¡ Se ama la nieve, se ama la rosa, se ama la luz ! Pero nadie tiende las manos sobre la ceniza, ni la acaricia, ni la besa ! ¡ Dios así lo hizo, y pues así lo hizo, así lo quiere ! ¡ Y al pobre Leonardo no hay que exigirle que enmiende la obra de Dios !

EZEQ. En suma: yo no sé lo que quieres.

ELENA ¡ No quiero más que su dicha ! ¡ Nada más ! ¡ Dios, Nuestro Señor, sabe que digo verdad !

EZEQ. ¡ Sí, su dicha !... ¡ No hay palabra en el lenguaje humano que no sea una mentira ! ¿ Sabes tú lo que vas a hacer al fin? Pues yo te lo diré. Lucharás sabiendo que no vas a vencer. Te deleitarás poéticamente en tu sacrificio sabiendo que no vas a sacrificarte. Y, por último, irás al altar con Leonardo y serás su esposa. Y como él no te ama, la víctima será él. ¡ Hasta que llegue un día, el del castigo de tu egoísmo, en que ante sus ojos de artista aparezca otra mujer hermosa, y como Dios ha querido, tú lo has dicho, que se ame la nieve, la rosa, la luz, y que para le ceniza se reserven sólo las lágrimas, ese día sólo serás para Leonardo objeto de lástima si no carga molesta; acaso obstáculo odioso !

ELENA ¡ No !... ¡ Eso no !... ¡ Bien conoce usted el sitio del corazón en que más duele ! ¡ No ! ¡ Otra mujer, no !... ¡ Que yo no lo sepa !... ¡ Que no lo vea !... ¡ No !... ¡ Eso no !... ¡ Odiarme él ! ¡ Despreciarme él ! ¡ Morir antes ! ¡ Morir !...

EZEQ. No; morir no. Mientras hay deberes que cumplir no debe morirse. Mientras hay egoísmos que castigar no debe soltarse el

látigo. Mientras quede un sacrificio que consumar hay que aprovecharlo.

ELENA Sí, es verdad. Tiene usted razón. Cosa rara; cuando tortura usted el alma, siempre tiene usted razón. No hay que vacilar, debo decidirme.

EZEQ. Sí; ¿pero cuándo?

ELENA Hoy.

EZEQ. ¿Tendrás valor? Lo dudo.

ELENA Lo tendré.

ESCENA VI

ELENA, DON EZEQUIEL, PAULINA y CAMILA. Entran apresuradas y hablando entre sí. Después se dividen. Paulina se acerca a don Ezequiel como para distraerle. Camila a Elena y le habla en voz baja.

PAU. ¿Les interrumpimos a ustedes?... ¿Molestamos?... *(A don Ezequiel.)*

EZEQ. De ningún modo.

PAU. Viene Leonardo con Alberto; te lo aviso... para que no se encuentren... digo, me ha parecido...

ELENA Tienes razón. Don Ezequiel, venga usted allá dentro. Debo decirle a usted algo todavía.

EZEQ. Como tú quieras. *(Se dirigen todas hacia la derecha. Don Ezequiel hace pasar a las señoras delante; al entrar él aparece en el fondo Leonardo y le conoce. Hace un movimiento pere le contiene Alberto. Don Ezequiel desaparece.)*

ESCENA VII

LEONARDO y ALBERTO

LEONAR. ¡Es él... sí... me lo daba el corazón!

ALB. ¿Pero quién?

LEONAR. ¡Ese hombre!... Su influencia se hace sentir bien pronto. ¿Por qué es tan cobarde o por qué es tan frío? Provocarle... inútil... Insultarle... inútil. ¡Ah! ¡Si él quisiera que pronto acabábamos.

ALB. Yo creo que tú exageras. Tu genio trágico te lleva siempre a la catástrofe.

LEONAR. Es que la siento venir. Ya está muy cerca, muy cerca... quizá sea hoy mismo.

ALB. ¿Pero por qué?

LEONAR. ¿Por qué son las cosas? Porque son. Y no me importa: quiero llegar al fin, sea el que fuere. Quizá por eso está ahí don Ezequiel. Quiero que esté... que esté con Elena... que le envenene el alma... Después yo también... con ellos... y la última lucha.

ALB. Yo no veo ni catástrofe ni lucha... ni nada. Viene a ver a Elena porque es natural... Y mañana se fija el día de la boda y os casais y éste es el único desenlace trágico de vuestra comédia.

LEONAR. ¡Elena no cede; duda; huye de mí; no me quiere, me desprecia acaso!

ALB. Te quiere más que a su alma y no lo oculta; lo ha dicho, aquí mismo, hace poco y con palabras llenas de pasión y de verdad, ¡si tú las hubieses oído!

LEONAR. Aunque por ser tan buena, no me niegue su cariño... aún así me desprecia ¡y debe despreciarme!

ALB. ¡Pierdes la razón, Leonardo! ¿Por qué ha de despreciarte?

LEONAR. ¡Porque lo merezco! ¡Porque me desprecio yo! ¡Porque me odio! ¿A quién imaginas que odio más en este mundo? ¿A don Ezequiel? Pues no, a quien odio y desprecio más es «a mí mismo». Don Ezequiel será un malvado, un hipócrita, yo creo que lo es; pero es un hombre de talento y de penetración y me conoce bien. Antes de que yo me conociese, me conoció él.

ALB. ¡Por Dios, Leonardo!

LEONAR. Yo soy un miserable, un ser vulgar, un hombre sin corazón: mis cariños son mentiras; mis entusiasmos, fuegos fátuos; mis ternuras, comedias, que me represento a mí mismo; tan imbécil que me engaño siempre que quiero engañarme. ¡Qué triste estás! me digo, y lloro. ¡Qué alegre! y

río. Soy un maniquí ridículo que los sentidos manejan. Lo exterior, lo superficial, los colores gobiernan todo mi ser. Los oropeles de la naturaleza me deslumbran: llevo la cabeza por dentro llena de cascabeles; en mis manos el arte es el sonajero del hombre-niño.

ALB. ¡ Ea !, no te oigo más.

LEONAR. ¡ Qué importa que no me oigas, si yo me lo estoy repitiendo de día y de noche, sobre todo de noche ! ¡ Como la madre duerme al niño con la monotonía de una canción, yo, después de largos insomnios, sólo puedo conciliar el sueño, repitiendo en voz alta: «¡ Me desprecio ! ¡ me desprecio ! ¡ me desprecio !», y a fuerza de despreciarme me duermo.

ALB. Te vas a volver loco. ¿Pero quieres explicarme?... Porque yo no te comprendo...

LEONAR. Pues nada hay más fácil. ¿No amaba yo a la pobre Elena con un amor que creí profundo, verdadero, infinito? Pues don Ezequiel me adivinó... ¡ Era mentira !... ¡ mentira !... Porque, escucha; llegó para Elena el trance cruel de perder su hermosura, y yo... al verla... sentí un desaliento y una tristeza, como no te puedo explicar, y a la vez un desprecio tan grande, tan grande hacia mi mismo, que quisiera huir de mí y de camino irme dejando atrás, por el suelo, el corazón y el cerebro y los sentidos, llevándome lo único que reconozco mío: ¡ la nada !... ¡ porque ya no soy nada !

ALB. Entonces... Leonardo... Leonardo... ¿ya no amas a Elena?

LEONAR. Ahí está... y ahí tienes lo único que me ha impedido partirme el corazón... que cuando pienso que la voy a perder, siento angustias horribles, mi desesperación crece, y allá en el fondo, muy en el fondo de mi ser, brotan ternuras jamás sentidas !

ALB. ¡ Entonces la quieres !

LEONAR. ¿Pero no te digo que he perdido la confianza en mí? Qué sé yo...

ALB. Esos son delirios de artista.

LEONAR. No sé. Pues mira, no renuncio a ella y doy por ella mi vida si es preciso: verdad es que no doy gran cosa.

ALB. Te calumnias, Leonardo; tú eres bueno.

LEONAR. No, si no soy modesto. Yo tengo una voluntad entera, muy entera, invencible; por eso haré lo que deba. Por eso me castigaré cuando llegue la hora del castigo. Por eso lucharé hasta vencer. Elena será mía, porque me quiere y porque en eso consiste su felicidad. Que yo sea feliz o no, poco importa: lo fingiré.

ALB. ¿De modo?...

LEONAR. Que hoy se resuelve todo. De mí no me ocupo; conmigo no cuenta mi voluntad, sino para hacer que obedezca. Elena será dichosa.

ALB. ¡Eso mismo decía ella hace poco! «¡Lo primero, Leonardo!» y por ti se sacrifica pensando que no la quieres. Tú dudas de tu amor, ella no; ella sabe que te adora.

LEONAR. Tanto mejor. Eso me infunde aliento.

ALB. Pues a luchar. Me parece que viene.

LEONAR. ¿Sola?

ALB. Sola. Os dejo a los dos. *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA VIII

LEONARDO, ELENA

ELENA ¡Leonardo!

LEONAR. ¡Elena! *(Yendo hacia ella.)*

ELENA ¿Estamos solos? *(Mirando a todas partes.)* No veo bien... porque como la tarde cae... como ya empieza a estar en sombra la sala... *(Con voz temblorosa.)*

LEONAR. ¡Y como traes los ojos llenos de lágrimas!

ELENA No quiero engañarte: es verdad; he llorado y lloro todavía.

LEONAR. ¿Te hizo llorar don Ezequiel?

ELENA ¡Ah! ¿Sabías que estaba ahí?

LEONAR. Lo sabía. Mira si tendré confianza en ti; le dejé envenenarte el alma.

ELENA — No; no me envenenó el alma, me prodigó consuelos.

LEONAR. — ¡Ah!, necesitas consuelos y acudes a otro hombre. ¿Me quieres menos o no me quieres ya?

ELENA — *(Con pasión.)* ¿Eso dices? ¡Quererte menos! Mira: mucho te quise; hoy más. ¡Moriré queriéndote! Cuando ya no me quede más que un aliento en el pecho, será para empezar a decir: «Leonardo», y si no acabo y Dios me concede ir al cielo... allí, en el cielo, ante Dios... acabaré de decir... «¡Leonardo!»

LEONAR. — ¡Elena!...

ELENA — (¡Dios mío, qué egoísta soy: si le digo estas cosas se sacrificará por mí!) Mi cariño es muy grande... no será como antes, apasionado... ¡Pero es más hondo!...

LEONAR. — No quiero que finjas... ni para exagerar tu amor... ni para hacerme creer que me quieres menos.

ELENA — Si te digo la verdad. Nuestro cariño ha cambiado de forma, ¿qué remedio? Yo vivo de milagro; ya no tengo ni fuerzas, ni hermosura, ni juventud casi... Mi amor era como una hoguera... le quitaron el calor... le queda la luz. Supón que se hicieran nuestras bodas... antes de esta desgracia... desgracia ha sido, no hay que negarlo... Y supón que han pasado años y años... y que tu Elena se ha hecho vieja... pues no puedes quererme como me querías... ni puedo yo quererte como te quería. *(Todo lo anterior con tristeza resignada; desde aquí, a pesar suyo, con pasión.)* ¡Mucho, mucho, sí: pensar siempre en Leonardo, soñar siempre contigo, no querer otro bien ni otra dicha, morirme con torturas de infierno si dudo de ti!...

LEONAR. — ¡Pues así me querías antes; entonces tu cariño es el mismo!

ELENA — No... no... eso no... A pesar mío te digo cosas que no debo decirte. ¡Es que pueden

mucho los recuerdos!... (¡Valor, Dios mío!)

LEONAR. ¡Elena, es indispensable que hoy mismo nos decidamos! ¡Tú sufres mucho y yo me vuelvo loco!... ¡Créeme! ¡Hay momentos en que pierdo la razón!

ELENA Sí, es preciso que nos decidamos. A eso venía... a eso venía... y por eso venía llorando.

LEONAR. ¿Por lo que ibas a decirme?

ELENA Sí.

LEONAR. ¿Eran lágrimas de tristeza o de alegría?

ELENA De tristeza... de mucha tristeza. Pero es forzoso... es forzoso por ti... y por mí también... Por tu porvenir, ¡que yo quiero que sea muy feliz y muy glorioso!... y por mi «calma»... que es lo único que me queda...

LEONAR. ¡No te comprendo!

ELENA ¡Leonardo!

LEONAR. ¡Sí te comprendo!... ¡Sí!... ¡Quieres huir de mí! ¡te lleva ese hombre!... Y piensas que yo me voy a resignar. Unida a mí, ¿vas a ser feliz? ¡Pues felices los dos! ¿Vas a morirte de dolor? ¡Pues a morirte junto a mí! ¿No eres ya mujer hermosa? ¿eres cadáver?... ¡Pues lo mismo me da! Has muerto, te arranqué a la fosa, te cogí en mis brazos, ¡que haga Dios con nosotros su voluntad!

ELENA ¡No, Leonardo!... ¡no!... ¡no digas eso!... ¡que me faltan las fuerzas!... ¡que no debe ser!... ¡no debe ser!

LEONAR. ¡Que venga ese hombre; yo contra los dos!

ELENA ¡Sí... que venga!... ¡Dios mío... que no puedo más!

LEONAR. ¡Don Ezequiel!... ¡Al fin!

ESCENA IX

ELENA, LEONARDO y DON EZEQUIEL

EZEQ. ¿Me llamabas?

ELENA ¡Sí!... *(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Porque no puedo más! *(Leonardo se queda a distancia.)*

LEONAR. ¡ Así ! ¡ La dejo en sus brazos de usted.. poco me importa !... ¡ Pero yo le juro a usted que la arrancaré de ellos para siempre !...

EZEQ. ¿ Estás resuelta a seguir mi consejo?

ELENA Sí.

LEONAR. ¡ Ya ve usted, no protesto !... ¡ Impasible !... ¡ Sigan... sigan !...

EZEQ. ¿ Vendrás conmigo adonde se olvidan estas miserias terrenales?

ELENA *(Levantando la cabeza y mirándole.)* ¡ No; olvidarlas, no !

LEONAR. *(Da una carcajada.)* ¡ No las olvida !

EZEQ. Pero sin olvidarlas, ya que no puedes, ¿ renuncias a ellas?

ELENA Sí.

EZEQ. ¿ Oye usted? *(A Leonardo.)*

LEONAR. Oigo. Si no estuviera tan seguro de vencer, ¿ oiría con esta calma?... ¿ no le hubiera a usted arrancado ya el corazón?

EZEQ. ¡ No es calma, es fiebre !... *(Con cierta desconfianza.)*

LEONAR. Eso sí. ¡ Siento que todos mis nervios están vibrando, queriendo empujarme hacia usted ! «¡ Al hombre negro !», siento que me dicen por dentro; pero mi voluntad es más fuerte, y yo digo: «no, es mal medio; a nada conduce; quieto.» Siento que una ola de sangre me sube a la cabeza y allá golpea a un lado y a otro del cráneo. No importa; yo digo, «quieto». Ya casi no veo... pero veo lo bastante para saber hacia dónde está Elena y me basta. Siempre quieto. Sigan... sigan ustedes.

EZEQ. Hija mía, es preciso concluir, por ti... y por él también.

ELENA Es verdad... por él... por él, todo.

EZEQ. Pues ve, despídete, vuelve, aquí te espero... y saldremos de esta casa.

ELENA Sí... ¡ saldremos !

EZEQ. Dices que sí ¡ y no vas !... *(Con enojo.)*

ELENA ¡ Voy !... ¡ Dios mío, me falta muy poco !. ¡ Valor !

LEONAR. ¡Obedece!... Yo nada digo... El espera... Yo espero... ¡No temas!

ELENA ¡Sea!

ESCENA X

DON EZEQUIEL, LEONARDO

EZEQ. Es por su bien de usted, Leonardo. Resígnese.

LEONAR. ¿A qué?

EZEQ. A perderla.

LEONAR. Si no la pierdo.

EZEQ. Le queda a usted su recuerdo.

LEONAR. ¡Y ella!

EZEQ. Le compadezco a usted y no quiero acongojarle. Le queda a usted el porvenir, la gloria...

LEONAR. ¡La gloria, no!... Ya no. Ella, sí...

EZEQ. Usted delira.

LEONAR. ¡Es posible! Yo podré delirar, mi voluntad, no. ¡Yo no veo nada! ¡Yo no comprendo nada! ¡Parece que todo gira a mi alrededor; pero mi voluntad inmóvil como un eje! ¿Que yo cedía? ¿Que iba usted a vencer? ¿Eso pensaba usted? ¿Qué ilusión! ¡Quien va a vencer en esta suprema lucha soy yo, yo, Leonardo!...

EZEQ. ¡Desdichado!

LEONAR. ¡Usted más, porque se irá usted de aquí con la rabia del vencimiento! ¡Así debió caer Satanás del cielo, como usted va a caer!

EZEQ. Esta criatura ha perdido el juicio.

LEONAR. ¡Su miedo tiene usted, confiéselo!

EZEQ. ¿Pero usted qué intenta? ¿Se va a oponer por la fuerza?

LEONAR. No sé... ¿La fuerza? No. ¡Mal medio!

EZEQ. ¡Entonces!

LEONAR. Sé que Elena es mía!.. ¡Que debe serlo!... ¡Que mi deber lo exige! ¡Que mi voluntad lo impone!... ¿Cómo? No sé... no sé... *(Da algunos pasos, como loco.)* ¡Que venga!... ¡Que quiera salir, y probaremos!...

¿Medios?... ¡Todos!... ¡Desde partirme el corazón, hasta partírselo a usted!

EZEQ. ¡Pues ya está!

LEONAR. ¡Y yo aquí!

ESCENA XI

LEONARDO, DON EZEQUIEL, ELENA dispuesta para salir.

ELENA Sosténgame, que no puedo. *(A don Ezequiel.)*

EZEQ. ¡Valor, hija mía!

ELENA ¡Adiós, Leonardo!

LEONAR. Elena, ¿vas a dejarme?

ELENA Es por ti: lo juro.

LEONAR. ¿Y con ese hombre pasarás esa puerta y ya no te veré más?

ELENA ¡Ni yo a ti!

LEONAR. ¡Mira que vas a arrepentirte!

EZEQ. No le oigas amenazas vanas.

LEONAR. ¡que vas a arrepentirte!

EZEQ. Quiere amedrentarte. ¡Ven!... *(Dan unos pasos hacia la puerta.)*

LEONAR. ¡Te lo digo por última vez! ¡Vas a rrepentirte! *(Ya está don Ezequiel y Elena en la puerta del fondo.)*

ELENA ¡Adiós! ¡Para siempre!

LEONAR. *(Con voz terrible.)* ¡Si das un paso más, ya no te veré nunca! ¡Ah, insensata! ¿Y no quieres que te vea? Pues no te veré... ¡espera! *(Se precipita como loco hacia el gabinete de la izquierda.)*

ESCENA XII

ELENA, DON EZEQUIEL, después LEONARDO

ELENA ¿Qué dice?... ¿que me arrepentiré?... ¿por qué?

EZEQ. Vamos, hija, vamos. *(Queriendo llevarla.)*

ELENA ¡No... dejarle así, no! *(Resistiendo.)* ¡No puede ser! ¡No ve usted que no puede ser!

EZEQ. ¡Es preciso; si no, no saldremos nunca de esta casa!

ELENA ¡ Dijo que me arrepentiría ! ¡ Algo intenta !... ¿No teme usted nada?...

EZEQ. Sí... eso... que te arrepientas de tu sacrificio. *(Se empeña en llevarla hacia la puerta.)*

ELENA ¡ Pues no me voy sin verle !... ¡ la última vez ! *(Ella resiste.)* Le digo a usted que es la última vez.

EZEQ. ¡ No ! *(Continúan.)*

ELENA ¡ Es terquedad !

EZEQ. ¡ La de tu pasión ! *(Luchando, pero sin mucha violencia.)*

ELENA La de usted.

LEONAR. *(Dentro.)* ¡ Elena ! *(Grito horrible de dolor.)*

ELENA ¡ Me llama !... ¿No oye usted?... ¡ Es un grito horrible !

LEONAR. *(Dentro.)* ¡ Elena !

ELENA ¡ Son gritos desesperados de dolor !... ¡ Se me hiela la sangre !

EZEQ. ¡ No vayas !

ELENA ¡ Sí !... ¡ Me está llamando !

EZEQ. ¡ Elena !... ¡ yo también ! *(Con expresión también desesperada.)*

ELENA ¡ El es antes !... ¡ antes que todo !... *(Se arranca de don Ezequiel y se precipita hacia el gabinete.)*

LEONAR. *(Aparece a la vez en la puerta, vacilante, tropezando, apoyándose en el quicio. Trae el pelo descompuesto, descompuesto el traje, los ojos ensangrentados, gotas de sangre por las mejillas. Viene ciego, con las manos extendidas hacia el espacio, como buscando apoyo.)* ¡ Elena !... ¡ Elena !... ¡ dónde estás !...

ELENA ¡ Leonardo !... *(Se precipita en sus brazos. Don Ezequiel retrocede al fondo, horrorizado.)* ¡ Jesús !... ¿Qué has hecho? *(Mirando horrorizada.)* ¿Qué has hecho?

LEONAR. ¡ Castigar mis ojos malditos !... ¡ ciego !

ELENA ¡ No veo más que sangre !

LEONAR. ¡ Yo nada ! ¡ Ni siquiera sangre ! ¡ Mi cincel labró por última vez en el rostro humano !

ELENA ¡Alma de mi alma! ¡Mi Leonardo! *(Abrazándole.)*

LEONAR. ¿Y ahora vas a dejarme?

ELENA *(Aferrándose a él.)* ¡Jamás, jamás!... ¡Tuya para siempre, para siempre!

LEONAR. ¡Para siempre! ¡Lo ha dicho! ¡vencí!... ¡Y el hombre negro vencido! ¡Que se desplome! ¡qué se abisme! ¡que ruede, que ruede el hombre negro!

TELON

OBRAS DE DON JOSÉ ECHEGARAY

El Libro Talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Como empieza y como acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía).

El gladiador de Ravena, trágedia en un acto y en verso, imitación.

O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz. comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos, origianl y en prosa. (Segunda parte de la trilogía).

En el pilar y en la cruz, drama en trcs actos, original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

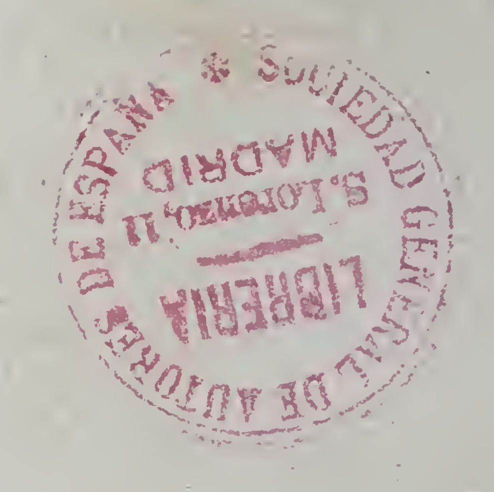
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

l gran galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
aroldo el normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
os dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía).
onflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
n milagro en Egipto, estudio trágico, en tres actos y en verso.
ensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.
a peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
ida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
e mala raza, drama en tres actos y en prosa.
os fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
conde Lotario, drama en un acto y en verso.
hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
o sublime en lo vulgar, drama en tres tres actos y en verso.
anantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
os rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
empre el ridículo, drama en tres actos y en prosa.
l prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
ene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
media sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
hijo de D. Juan, drama original, en tres actos y ei prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen, titulada Gen-*gangere.*
; vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.
riana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
la orilla del mar, comedia en tres actos y un epilógo, en prosa.
rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
ría-Rosa, drama tragico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa (Traducción).
ncha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático,en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.
Semíramis o la hija del aire (refundición). drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. Traducción.)
La calumnia por castigo ,drama en prosa, en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original, en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa.
Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
Le desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.
Entre dolora y cuento, monólogo.
El moderno Endimión, ídem.
El canto de la sirena, ídem.
El preferido y los cenicientos, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.



PUNTOS DE VENTA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías y en la Sociedad de Autores Españoles.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca de sello de esta Sociedad.

Precio: 3 pesetas.